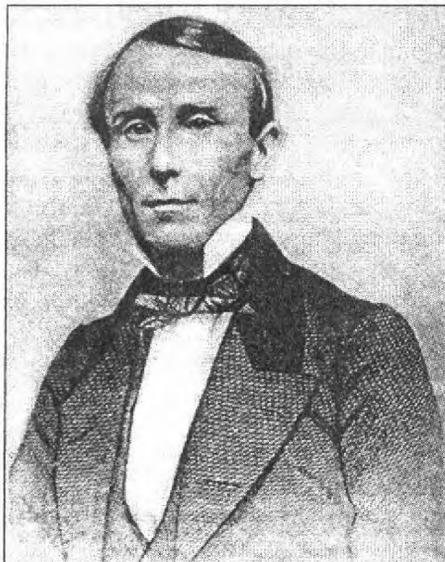


LIBRO CUARTO: EL POSESO



*Padres graves, él está poseído; de nuevo, digo yo,
Poseído: no, si hay posesión
Y obsesión, él tiene las dos.*

Ben Jonson. *Volpone*.

*Yo no estoy loco; pluguiere al cielo que lo estuviere,
Porque entonces debería olvidarme de mí mismo!
¡Oh, si yo pudiera, qué tormento debería olvidar!*

Shakespeare. *King John*.

26. Apoteosis

WILLIAM WALKER cumplió treinta y tres años el 8 de mayo de 1857, alojado con comodidad en la corbeta norteamericana *St. Mary's*, navegando frente a Costa Rica. Rumbo a Panamá, gozaba a sus anchas de la cámara del capitán, cedida por el gentil comandante Davis al subir a bordo en San Juan del Sur. Walker, no obstante, iba ya enojado con Davis, acusándolo de colusión con el enemigo, de haber inducido a sus soldados a desertar y de haberle entregado sin razón a Mora su goleta nicaragüense *Granada*. Era tal la insolencia colérica de Walker, que Davis se abstuvo de entrar en su propia alcoba durante la travesía.

Al arribo en Panamá, Walker y su séquito debieron permanecer a bordo de la *St. Mary's* mientras llegaba el vapor de California, para cruzar el istmo en el tren junto con los pasajeros; doce infantes de marina norteamericanos escoltaron a los filibusteros. Al llegar el tren a Aspinwall, pasaron directo de la estación del ferrocarril a las oficinas de la compañía naviera, donde quedaron recludos hasta la hora de embarcar.

Henningsen abordó el *Illinois* rumbo a Nueva York y Walker, su ordenanza y dieciocho oficiales del Estado Mayor partieron en el *Granada* (toda una ironía) a la Habana, rumbo a Nueva Orleans. Walker se mantuvo con la mayor reserva en el *Granada*, sereno y tranquilo, sin hablar con nadie, “sin orgullo ni humillación”; y al llegar a la Habana, de pronto se quedó absorto, con los brazos en la barandilla y los ojos fijos, contemplando las formidables fortalezas y el castillo del Morro a la entrada del puerto. El *Empire City* llegó de Nueva York el 24, y Walker y su séquito continuaron en él a Nueva Orleans.

A las seis de la tarde del miércoles 27 de mayo, 2,000 personas apiñadas en el muelle de Nueva Orleans dieron la bienvenida al *Empire City*, mientras las demás embarcaciones en el puerto lo saludaban con prolongados pitazos. Al atracar, “resonaron nueve vivas” y Walker se adelantó e inclinó la cabeza ante sus admiradores: la muchedumbre delirante de entusiasmo. Centenares de ellos subieron al barco y el Héroe Conquistador bajó a tierra en hombros del pueblo. El *Picayune* narró aquella bienvenida apoteósica, signo del espíritu reinante del Destino Manifiesto:

Una delegación de nuestros ciudadanos milicianos dio la bienvenida al General al bajar del vapor, mientras tronaba una salva de cañonazos. Luego lo llevaron en coche al Hotel St. Char-

les, donde, en respuesta a los gritos de la muchedumbre, hizo su aparición en el pórtico y fue recibido con una ensordecedora algarabía de vítores. Enseguida pronunció un discurso:

“Compatriotas —Siempre he sabido que cuento con las simpatías del pueblo americano para la causa que humildemente defiendo. Aunque derrotado hoy en Nicaragua, la misma simpatía que nos ha animado hasta la fecha resultará todavía en la emancipación de ese bello país. Podremos estar derrotados, pero no desanimados. Les agradezco, compatriotas, su amable bienvenida en mi retorno a la tierra nativa, y al mismo tiempo les debo expresar mi gratitud por su amabilidad y generosidad durante mi ausencia”.

El General enseguida se retiró, a recibir las congratulaciones de centenares de admiradores que lo rodearon con los brazos abiertos en saludo y hermandad.

A la mañana siguiente, “la ciudad está ... llena de Walker y Nicaragua”. Casi no se habla de otra cosa y Nueva Orleans celebra el retorno del héroe “y sus bizarros compañeros”. Los libreros desempolvaron con premura viejas biografías y el retrato decoró los escaparates de todas las librerías; aprovechando también la oportunidad, los empresarios de teatros se disputaban su presencia y publicaron anuncios invitándolo a sus funciones. El jueves, Walker y su Estado Mayor asistieron a la del prestidigitador y ventrílocuo Profesor Wyman en El Anfiteatro. Cuando entraron al teatro, la orquesta tocó un aire patriótico y la gente echó vivas tras vivas al intrépido Walker, hasta que él y sus compañeros se sentaron. Enseguida se puso de pie un caballero de palco y propuso “tres vivas más para el general Walker”, los que se le dieron y él se levantó e inclinó la cabeza en reconocimiento. Cada alusión a él, de parte del profesor ventrílocuo, originaba nuevos estallidos de entusiasmo popular.

La escena se repitió el viernes cuando Walker asistió a la ópera “Norma” en el Gaiety. Y en la noche del sábado “el general Walker, el intrépido héroe del Istmo”, pronunció un discurso ante el pueblo de Nueva Orleans, a la luz de las antorchas y bajo la tutela de la bandera americana y la que él asignó a Nicaragua, ondeando juntas en la brisa. El evento lo organizaron Mason Pilcher (agente de Walker en Nueva Orleans) y cuarenta ciudadanos prominentes. Tema del discurso: “Los recientes movimientos en Nicaragua ... asunto de enorme interés para el pueblo de los Estados Unidos y en especial para nuestros conciudadanos sureños”.

Walker lo pronunció sobre una tarima que Pilcher erigió en media calle Canal. “Densas masas de ávidos y entusiastas oyentes”, en los balcones de las casas vecinas y a lo largo de la ancha calle, llena-

ban una cuadra entera a cada lado; una banda de guerra “dio la nota y preparación” del evento. Habló cerca de dos horas, definiendo muy bien su guerra en Nicaragua en el contexto del Destino Manifiesto: “Si algún propósito guía mis esfuerzos, ha sido el de extender la influencia americana y americanizar a Nicaragua”. Para “americanizar” a Nicaragua Walker intentaba brindarle la dicha de la esclavitud sureña. Los “híbridos” de Centro América eran “incapaces de autogobernarse”. La Guerra en Nicaragua era “una guerra de razas —la gran batalla entre los híbridos y los hombres blancos”. El fin era la conquista, disfrazada con el eufemismo de regeneración. Al pueblo de Nueva Orleáns le encantó, y cuando Walker les pidió a sus oyentes “y a todos los verdaderos americanos en todas partes, que le ayudaran con sus recursos y energías a regenerar a Centro América —que le ayudaran en una empresa que había decidido no abandonar jamás”— recibió aplausos ensordecedores, acompañados de vítores, música, cohetes y triquitracas, y la concurrencia se dispersó. La “walkerización” galvanizaba los hervideros de Nueva Orleáns, ebullendo en calles y muelles.

Dos días después, Walker se dirigía a conferenciar con el Presidente Buchanan en Washington y con Henningsen en Nueva York, adelantando sus planes para volver a Nicaragua. Viajó con su plana mayor: los coroneles Waters y Lockridge del “Ejército Nicaragüense” y el capitán Fayssoux de la “Marina Nicaragüense”. En Vicksburg, Memphis, Cincinnati, Louisville —en todas las ciudades, aldeas y villorrios del trayecto— lo recibieron como héroe. El viaje fue “halagador y placentero” (aunque “muy cansado”) y de Louisville envió un mensaje a sus amigos en la capital, rogándoles no hacer ningún acto público pues él prefería todo “quieto y en privado”. En consecuencia, el viernes 12 de junio no hubo recibimiento de héroe al poner pie en Washington.

Walker se hospedó en el Hotel Brown poco antes del mediodía. Durante la tarde, muchos políticos distinguidos fueron a verlo al hotel y le llovieron invitaciones para cenar, pero pocos lograron verlo ya que dijo que deseaba “pasar por la ciudad sin hacer gala” y sólo aceptó una invitación, excusándose por el poco tiempo. Esa misma noche, tuvo una entrevista con el Presidente Buchanan en privado, pero se publicó que la conversación fue “general e informal”: Walker le anunció que era ciudadano nicaragüense, se quejó de “la intervención ilegal y hostil del capitán Davis en su contra” y solicitó al Presidente que mandara a hacer “una investigación de los hechos”.

El sábado, un grupo selecto de amigos y admiradores le dio a Walker un banquete de noche en el Hotel Brown; entre los comensales estaban el gobernador Jones, de Tennessee, el coronel Wheeler,

exministro en Nicaragua, y varios oficiales del ejército norteamericano, veteranos de la Guerra de México. Walker planeaba irse de Washington el domingo, pero pospuso su partida, atareado en escribirle una larga carta al Presidente Buchanan en la que detalló su ilusoria visión personal de los eventos, proclamándose a sí mismo “el auténtico y legítimo Jefe del Ejecutivo” de Nicaragua. Tras entregarle la carta al Presidente Buchanan el lunes en la mañana, William Walker continuó su gira triunfal, dirigiéndose en la tarde a Filadelfia y Nueva York.

Sucesos trascendentales en los anales neoyorquinos jugaron un papel inesperado en la recepción de Walker. Confrontando al régimen corrupto del alcalde Fernando Wood, la legislatura estatal había reformado la carta constitutiva de la ciudad en abril. Entre otras medidas, había creado un cuerpo independiente de Policía Metropolitana para quitarle el control a la Policía Municipal de Wood; como resultado, en junio de 1857 había dos cuerpos de policía antagónicos en Nueva York.

El 13 de junio hubo un tumulto en el que se enfrentaron los metropolitanos y municipales, dejando como saldo dieciséis heridos, algunos de ellos mortales. A Wood lo acusaron de haber instigado el tumulto, y a las 11 A.M. del martes 16 de junio, horas antes de llegar Walker, un juez ordenó el arresto del alcalde. A las 3:15 P.M., cincuenta policías metropolitanos llegaron a la alcaldía a arrestar a Wood, pero al subir las gradas, los detuvieron más de 500 hombres garrote en mano, capitaneados por el concejal William Wilson, jefe del cuerpo de voluntarios del alcalde Wood (y también líder del comité de recepción encargado de darle la bienvenida a Walker). Así, el alcalde no cayó preso, y durante el resto de la tarde y en la noche, millares de individuos en un estado de excitación tumultuaria pulularon en el parque frente a la alcaldía y los alrededores.

El tren de Filadelfia con el general Walker y su séquito llegó a Perth Amboy a las 5 P.M. El Comité de Recepción (menos su presidente William Wilson, atareado con los Voluntarios en la alcaldía) los fue a encontrar a la estación y los acompañó a bordo del *John Potter* por el North River hasta desembarcar en la plaza Battery a las siete. En el Muelle No. 1, Wilson le dio la bienvenida a Walker en nombre del pueblo de Nueva York, con la banda tocando la tonada “Veán venir al héroe conquistador” y una salva de cien cañonazos. Walker y sus acompañantes prosiguieron en carruajes por la calle Broadway hasta el parque de la alcaldía, como a dos kilómetros, seguidos en procesión por 200 ó 300 personas. Las aceras estaban llenas de curiosos en todo el trayecto y una muchedumbre abarrotaba el parque, al igual que en la tarde, atraída por la colisión de la Policía

Metropolitana y los Voluntarios del alcalde.

Al llegar Walker, todos corrieron a agolparse junto a la tarima para oírlo. El homenajeado y el Comité de Recepción se vieron obligados a subirse sobre la mesa de los reporteros, y la algarabía que se desató hizo imposible escuchar a los oradores. El juez A. A. Phillips dijo el discurso de bienvenida: con gran esfuerzo logró leer lo que llevaba escrito, pero nadie a cuatro pasos de distancia logró oírlo. El maestro de ceremonias, capitán John Creighton, trató de acallar el bullicio, rogándole a la multitud escuchar “las palabras del Presidente de Nicaragua”. Mas fue imposible. Walker comenzó a hablar, pero en vano porque enseguida empezó a llover fuerte; en vez del largo discurso que había preparado, dijo sólo unas pocas palabras. El Comité de Recepción se lo llevó con sus compañeros al Hotel St. Nicholas. Ahí descubrieron que el hotel estaba lleno y no podía acomodarlos. Entonces se fueron a la Casa La Farge y los alojaron en amplias habitaciones del segundo piso.

En breve los visitaron el general Cazneau, el coronel Fabens, Fermín Ferrer y otros amigos; George Law llegó más noche y conversó en privado con Walker. Los reporteros no pudieron averiguar qué hablaron y la única cosa adicional de importancia que descubrieron fue que, en el parque, un ratero le había robado al tesorero todos los fondos del comité...

En la primera mañana en Nueva York, después de desayunar en la Casa La Farge, Walker salió a caminar por la calle Broadway. Nadie le puso atención pues no era conocido en la ciudad; se retrató en el estudio del famoso fotógrafo Brady y regresó al hotel, donde “constantemente lo llegaron a ver diversos ciudadanos prominentes” y concedió una entrevista al reportero del *Herald*, manifestándole su determinación de regresar a Nicaragua “con suficientes fuerzas para hacer de su retorno un evento de interés”. Pasó la tarde con Henningsen y otros amigos, y se tomó otro retrato, esta vez en el estudio de Frederick. En la noche, el Comité de Recepción lo acompañó al teatro Bowery. Habían reservado la primera fila del palco central, que adornaron con festones tricolores y la bandera americana; también reservaron el palco adyacente para la Segunda Compañía de los milicianos neoyorquinos The Continentals. Intercalándolo entre “sucesivos y vigorosos vivas”, Walker pronunció otro discurso.

Walker conferenció al día siguiente con “varios caballeros que han tomado gran interés en los asuntos nicaragüenses”, pero quince o veinte de sus antiguos soldados que fueron a verlo a la Casa La Farge, no lo pudieron ver; tampoco pudo verlo un anciano ansioso de saber de su hijo, que había ido a Nicaragua y a quien temía haber perdido para siempre. Walker pasó casi todo el día en la residencia

de Henningsen, y por la noche fue al teatro Wallack con Henningsen y su esposa, el general Cazneau, Waters, Fayssoux, la esposa de un juez muy conocido y otros simpatizantes de su causa. Lo ovacionaron. La orquesta tocó "Hail Columbia", pero el público hacía tanta bulla que casi no se oía la música. Walker pronunció otro discurso y recibió tremendos aplausos. Salió del teatro del brazo de la señora Henningsen. En todo el trayecto la gente se agolpaba buscando echarle una mirada al héroe. Junto a la puerta era mayor el gentío, apretujándose sobre Walker y Missis Henningsen. Mientras tanto, en la calle, la bonita música de la orquesta Dodworth había atraído una inmensa muchedumbre, por lo que el héroe y su bella pareja se vieron de hecho llevados por el oleaje de gente al coche, al que subieron entre vítores y aplausos y se dirigieron a la Casa La Farge.

El Comité de Recepción los esperaba en el hotel y había contratado a la misma orquesta Dodworth para dar una serenata a Walker. La música pronto atrajo y congregó 250 personas —párvulos incluidos— en la calle. Después del concierto, de aires patrióticos, Walker salió al balcón y pronunció otro discurso. Sus memorables palabras y la notable escena las recogió y publicó el *Herald*:

DISCURSO DEL GENERAL WALKER

CABALLEROS DE NUEVA YORK —Esta emanación del corazón comprueba que la causa de los americanos en Nicaragua es también la causa de los americanos en los Estados Unidos. (Aplausos.) Sólo una simpatía popular muy honda —sólo el instinto real del pueblo podría causar esa expresión de simpatía. (Aplausos.) Y espero que no sean meramente expresiones de aprobación del pasado, sino que son signos de esperanza y estímulo para el porvenir. (Aplausos.) Confío que prueban que la guerra en Centroamérica no ha terminado —que lo que hay es una tregua, y nada más.

UNA VOZ —Así es. (Aplausos.)

WALKER —En cuanto a mí, yo siento que se ha derramado demasiada sangre noble en esa tierra para dejarla sumida en el suelo —en el futuro debe brotar y producir resultados. (Grandes aplausos.) Uno de nuestros acérrimos enemigos nos ha dado, me parece, el mejor testimonio que asegura el éxito en el futuro. Uno de los diarios matutinos, al comentar sobre mi conducta en Nicaragua, ha creído correcto decir que el único atributo de éxito que yo poseo es la suerte. Me enorgullece tal elogio de parte de un enemigo.

EL GENERAL WALKER ES EL FAVORITO DE LOS DIOSES

Cuando Pompeyo regresó de las guerras, le dieron la bienvenida los hombres de Roma: elogiaron su sabiduría, su justicia, su

éxito en el Consejo y valor en el campo de batalla: pero sobre todo dijeron que era “el favorito de los dioses”. No me sonrojé al decir que yo soy el favorito de los dioses —(aplausos)— pues siento que una Providencia que todo lo dirige, la que nos ha traído hasta aquí, no iba a permitir que hiciéramos tanto para nada. Siento que esa suerte, a como la llaman mis enemigos, pero esa Providencia, que es como la llamo yo, nos llevará con éxito aún, y nos permitirá lograr aún más para la grandeza y la gloria del pueblo americano. (Tremendos aplausos y gritos pidiendo a Henningsen.)

El concejal neoyorquino Horatio N. Wild habló enseguida. Les prometió a los presentes que así como se adquirieron Texas y California, así se adquiriría Centroamérica y luego Cuba, porque “el pueblo de este país no va a decir que tenemos suficiente; sino que con el general Walker dirá:

*“Ninguna enclaustrada Utica constriñe nuestros poderes.
Mas, si necesario, todo el continente ilímite nuestro es”.*

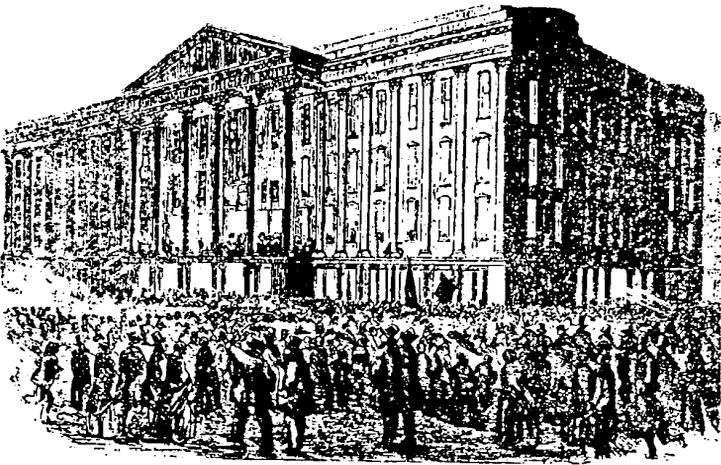
La orquesta tocó “Hoza puerco o muere”, y la gente se dispersó.

A la mañana siguiente, viernes 19 de junio de 1857, Walker se levantó muy temprano, como siempre, y como siempre, el *Herald* le siguió los pasos, explicando a sus lectores que “el historiador futuro podría desear algunos detalles de su rutina cotidiana y los pormenores de su vida, tan interesantes con relación a los hombres prominentes”.

Después de leer los periódicos y de un desayuno ligero con el capitán Fayssoux, a las ocho de la mañana Walker conferenciaba con el general Cazneau, con quien conversó una hora. A las nueve, “se observó que el general de pronto se sobresaltó, como si escuchara algún sonido extraño, y luego los oídos menos aguzados de los presentes detectaron los acordes de una banda de guerra”. Era el Séptimo Regimiento de la Guardia Nacional, que se acercaba marchando en la calle. Al asomarse Walker por la ventana, el regimiento se paró en doble fila frente a sus habitaciones y le hizo un saludo militar, del cual “el general se expresó altamente complacido”. Después recibió varias visitas. Al mediodía, salió con el general Wheat y regresaron en la tarde acompañados del general Henningsen, su señora y el capitán Fayssoux. A las cinco, fue a Staten Island con su tío materno Mr. Norvell, uno de los editores del *New York Times*, y ahí pasaron la noche.

Tras regresar de Staten Island el sábado en la mañana, Walker pasó varias horas en conferencia a puertas cerradas con Henningsen, Wheat, Lockridge, Waters, Fayssoux y otros oficiales “nica-

ragüenses”. Todos se veían muy alegres; el reportero del *Herald* se enteró de que se habían hecho los arreglos para otra invasión a Nicaragua; que George Law no sólo iba a dar fusiles, sino también dinero, y que otros especuladores concederían una substancial ayuda a Walker. Ese día, al igual que todos los días en la Casa La Farge, Walker se acostó a medianoche. Momentos antes, sus visitas se dieron cuenta de que era hora de irse, “al ver al grande hombre paseándose impaciente en el cuarto, à la Napoleón, con las manos juntas atrás”. Enseguida mandó a llamar a sus oficiales y todos acudieron, aun los que ya estaban en la cama (que tuvieron que levantarse) y Walker conversó con ellos en su apartamento por un rato antes de irse a acostar, ya casi de madrugada à la Napoleón.



Hotel St. Charles, Nueva Orleáns, con muchedumbre reunida para recibir a Walker.

27. Caída

WALKER GOZÓ de fama instantánea en Nueva York. Las ofertas que le llovieron fueron tan curiosas como numerosas. Una persona lo invitaba a una tertulia; otra deseaba vaciar el molde de su cabeza en bronce; esta dama quería su autógrafo; aquélla, un bucle de su cabello; y como su presencia ya había llenado de público dos teatros, no hubo sala de espectáculos, ni pequeña ni grande, que no lo invitara.

“El general Walker asistirá a la función” eran palabras mágicas en los anuncios, tan eficaces como una nueva soprano o una famosa bailarina. El lunes 22 de junio, Walker fue la “estrella” del teatro de Variedades de Laura Keene, célebre y linda actriz del momento; los llamativos cartelones y numerosas papeletas anunciando la presencia de Walker, hicieron que se llenara la sala. La impaciencia del público por escuchar al héroe se manifestó desde antes que comenzara la función, pidiendo a gritos a “Walker” mientras la orquesta persistía en tocar “El río Swaney”, “Teddy en el tejado”, “Sobre el Jordán” y “Villikins y su Dinah” en vez de la gran marcha nicaragüense que anunciaban los cartelones. La algarabía continuó durante la zarzuela “Intriga y Pasión” hasta mediados del segundo acto, cuando Walker y su séquito entraron y tomaron asiento. Entonces se desató el pandemónium, con grita general para un discurso que él con sumo gusto pronunció entre tumultuosos aplausos.

A diario pasaba horas enteras en consulta “con caballeros prominentes en la causa de Nicaragua”, y transitó por las calles de Nueva York “como un comerciante cualquiera, atareadísimo”. Su aspecto excitaba enorme interés y asombro: su diminuta figura y suaves modales eran totalmente diferentes de lo que la gente esperaba de un hombre que había protagonizado los episodios violentos que caracterizaron su vida. Alrededor del 20 de junio, se rumoraba con insistencia que sus amigos le darían un banquete o alquilarían el auditorio de la Academia de Música para que dijera un discurso formal al pueblo de Nueva York. Se decía que George Law ya había sufragado los gastos necesarios; pero pasaron los días y se hizo evidente que ni Law ni nadie estaba dispuesto a gastar un centavo adicional en el negocio estéril de rendir culto al héroe. En consecuencia, el 25 de junio, el Comité dejó de pagar la cuenta del hotel: Lockridge se fue a Texas; Waters a Nueva Orleans; y Walker y Fayssoux calladitos se mudaron y desaparecieron de vista al conseguir cuarto y comida gratis en la residencia de Henningsen en la calle 12.

El domingo 28 de junio arribó a Nueva York la fragata norteamericana *Wabash*, barco insignia del comodoro Hiram Paulding, acarreado de Aspinwall a un contingente de los desventurados remanentes de la República de Walker dejados por él en Rivas: 121 oficiales y soldados, 13 mujeres y 5 niños, noventa y dos de ellos enfermos y lisiados. Su lastimoso estado fue noticia de primera plana al día siguiente. Muchos apenas se podían mover de la debilidad; algunos sin brazos, otros sin piernas y otros con grandes llagas, heridas purulentas y gangrena. Los oficiales del barco describieron su condición al subir a bordo como la más desvalida imaginable: grandes heridas que jamás nadie había curado, inflamadas y enconadas; los cuerpos mugrientos, cubiertos de bichos —abundantes piojos, nunca antes vistos en el barco, que, domiciliados en casi todos los filibusteros, obligaron a los marinos del Tío Sam a bañarse en ron (no sólo por dentro, sino también por fuera).

Las desgracias de los que no retornaron compartieron los titulares de los diarios, a medida que cada uno de los viajeros relataba su historia horripilante. A treinta los internaron en el Hospital Bellevue, donde los entrevistó un reportero del *Herald* y su reportaje retrató a pluma al Walker tirano, frío y de corazón de piedra, insensible a la clemencia, a la lástima y al dolor de sus propios soldados.

Algunos repatriados, sin dinero y sin amigos, no tenían adonde ir. Al día siguiente de desembarcar, se quejaron de Walker en los periódicos; no los había llegado a ver y ni siquiera había preguntado por quienes le fueron leales hasta el fin en condiciones tan adversas. Entonces un neoyorquino de buen corazón, Mr. Vandyke, se llevó a cuatro a ver a Walker en la casa de Henningsen:

James Allen, panadero, natural de Irlanda.

Levi Price, zapatero, natural de Maryland.

Q. McKay, jornalero, natural de Escocia.

Michael Lawrence, jornalero, natural de Massachusetts.

Los cuatro habían servido en el ejército de Walker durante quince meses, sin recibir paga alguna o recompensa. Los cuatro cayeron heridos y quedaron lisiados en el proceso: dos de ellos habían perdido una pierna cada uno, otro había perdido un brazo. El reportero del *Herald* se los encontró cuando iban en coche a la residencia de Henningsen. Se veían “cetrinos, pálidos, enfermos y deprimidos”, pero aún entonces se expresaron “bien y con alta estima del general Walker.” El reportero los encontró de nuevo al regreso: “Mr. Vandyke tuvo una entrevista con el General, mas no logró obtener de él ninguna ayuda, pues no tiene recursos con que ayudarles”. Durante todo el día, muchos otros filibusteros anduvieron “pidiendo limosna” en la ciudad y a Walker “lo acosaron tanto” que se vio

“obligado a esconderse de ellos para que no lo siguieran reprochando e importunando”.

El 1 se julio, Walker se escabulló de Nueva York. Sin hacer bulla tomó el tren para Filadelfia, rumbo a Charleston, Nashville y Nueva Orleáns; siempre esperanzado en volver de ahí a posesionarse de nuevo de Nicaragua. Horace Greeley informó en el *Tribune* la partida del héroe fugaz, fustigándolo como de costumbre:

EL DESTINO MANIFIESTO EN BANCARROTA

Hemos sabido que Walker partirá para el Sur esta semana. Él y Fayssoux se alojan en la residencia del general Henningsen, en la calle Doce, habiéndose mudado de la Casa Lafarge hace algunos días. Lockridge se fue a Texas hace una semana y Waters zarpó para Nueva Orleáns en el *Black Warrior*. Walker se da cuenta de que su presencia en los teatros decididamente le produce más provecho al dueño del establecimiento que a la causa del filibusterismo; que los aplausos a sus altisonantes y ampulosos discursos son simplemente el eco de sus palabras vacías, sin el retintín de las monedas de oro consagradas al saqueo, la rapiña y el incendio. A Walker naturalmente le disgusta la apatía del Norte y se dirige al Sur con la esperanza de recuperarse de su ruina entre aquéllos en cuyos pechos el filibusterismo arde como principio vital.

El *New York Herald* y el *New York Times*, que antes apoyaron a Walker, ya lo habían abandonado y también se volvieron contra él. Para entonces, todo el mundo sabía que la “Nicaragua” de Walker estaba terminada; que el Predestinado de los Ojos Grises era un héroe caído, hecho añicos. Pero quienes conocían su carrera sabían también que él no lo veía así y continuaría luchando.

De Nueva York, el 1 de julio de 1857, Walker se fue a Nashville vía Charleston, Augusta y Atlanta. La prensa informó que durante su “visita en vuelo” a Augusta, el 4, varios ciudadanos lo convencieron que pronunciara un discurso. Como de costumbre, en su alocución retó a quienes lo tildaban de ladrón, “que señalaran un solo acto suyo, en su carrera entera en Nicaragua, que haya sido injusto o en violación de la ley de Nicaragua, de los Estados Unidos o la internacional”. Habló largo y tendido acerca de la forma en que lo trataba la prensa nortea, que según él, “apestaba con el tufo de las calumnias creadas por cerebros inventivos contra él y sus seguidores”, y atribuyó esa hostilidad al hecho de legalizar él la esclavitud en Nicaragua. En conversaciones con los reporteros, expresó la firme determinación de perseverar en la causa y les dijo que esperaba regresar a Nicaragua en menos de dos meses, con el beneplácito de las autoridades en Washington y con suficientes hombres y dinero para

restablecer su gobierno.

Llegó a Nashville en el tren de Chattanooga el lunes 6 de julio por la noche. Era la primera visita a la ciudad natal desde su partida a California en 1850; era el regreso del héroe al hogar y lo recibieron como héroe. Numerosos amigos y admiradores lo esperaban en la estación. De ahí pasó en coche acompañado de su padre y sus amigos, directamente al City Hotel, seguido por un gentío aclamándolo. En el hotel pronunció un discurso, en el que habló con optimismo de la americanización de Centroamérica.

A petición formal de 195 ciudadanos prominentes de Nashville el miércoles 8 en la noche Walker pronunció otro discurso, en el capitolio de Tennessee. Los milicianos “Shelby Guards” y el pueblo en masa lo fueron a recoger al hotel. Habló ante una multitud entusiasta que llenó y rebasó los salones de la Cámara de Representantes. Milicianos y muchedumbre escoltaron al héroe de vuelta al hotel y la prensa publicó entero su discurso en que repetía lo de siempre... De Nashville, Walker pasó a Nueva Orleáns vía Montgomery y Mobile. A los pocos días inició una gira por el Sur, pronunciando discursos y allegando fondos para un retorno a Nicaragua: durante seis semanas anduvo de Nueva Orleáns a Mobile, Montgomery, Columbus (Georgia), Macon, Augusta, Savannah, Charleston, y luego otra vez a Augusta y Nashville; en cada parada les hablaba a gran cantidad de entusiastas “ciudadanos influyentes”, que prometían darle abundante “ayuda material”, y al concluir regresó a Nueva Orleáns el 1 de septiembre.

Adondequiera que iba, Walker llevaba con él a “Nicaragua y la soberanía de Nicaragua en la bolsa del pantalón”; distribuía papeletas impresas ofreciendo \$25 mensuales y 250 acres a sus “colonos”, quienes en teoría los recibirían en cuanto él recobrarla la “presidencia”; vendía “bonos nicaragüenses” al descuento; a quienes le compraban certificados de tierras les garantizaba terrenos fértiles a 25 centavos el acre, “de los que tomarán posesión en cuanto él sea dueño de Nicaragua, que será en enero del próximo año” —quizá el antiguo litigante californiano olvidaba hoy aquella vieja sentencia de la Abogacía: “quien prueba demasiado, demuestra lo contrario”, y él ahora era ya un sobrante con todo en contra.

* * *

EL CAPITÁN FAYSSOUX acompañó a Walker en el viaje de Nueva York a Nueva Orleáns y el coronel Slatter durante la gira por el Sur. El general Henningsen se les unió en Savannah y Charleston, y enseguida regresó a Nueva York a ejecutar su parte de los “planes se-

cretos" de una recién formada "Liga Centroamericana" que intentaría levantar un gran ejército para Walker. La "Liga", según se publicó, tenía afiliados en "Nueva York, Boston, Filadelfia, Nueva Orleans y todas las demás ciudades importantes de los Estados Unidos".

El coronel E. J. C. Kewen andaba organizando la filial en St. Louis; los coroneles Lockridge y Waters reclutaban a la luz del día en Texas y el coronel W. J. Choice en Georgia; y así por el estilo en Baltimore, Mobile y otros lugares. La propaganda filibustera hablaba de tener ya listos 10,000 hombres y en sus arcas varios centenares de miles de dólares. En Georgia, por ejemplo, decían haber recogido \$150,000. La realidad era muy diferente: desde su llegada como "comisionado" de Walker el año anterior, Kewen había organizado el Sur para su jefe; formó comités en los diversos Estados que recogieron fondos y reclutaron soldados para su ejército, y dos representantes de cada Estado esclavista integraron un Comité Central en Nueva Orleans que recibía y manejaba los fondos con miras a convertir a Nicaragua no sólo en territorio esclavista sino también en mercado de esclavos. Pero Kewen y el Comité Central llegaron a la conclusión de que las operaciones militares las debía dirigir Henningsen, lo cual condujo a un rompimiento de relaciones y a que Kewen abandonara Nueva Orleans en diciembre de 1857, para no volver a colaborar jamás con Walker.

La imagen de Walker se había deteriorado tanto ya antes de iniciar su menesterosa gira por el Sur, que sus amigos ni siquiera lograron en agosto el apoyo moral de la Convención Comercial Sureña en Knoxville, Tennessee. Las resoluciones encomiando "su" causa de Nicaragua como "muy meritoria" y recomendando tal empresa para la "consideración seria y diligente" de parte de los Estados sureños, fueron derrotadas en la Convención 60 votos a 25, cuando los delegados de Tennessee, Mississippi, North Carolina, South Carolina, Virginia y Maryland votaron en contra.

Muchos atribuyeron el fracaso de Walker a sus propios errores. En particular, la opinión generalizada (y errónea) era de que el decreto de la esclavitud fue la causa principal que lanzó al pueblo nicaragüense a luchar contra él. Buscando mejorar su imagen, Walker le escribió (y publicó) una carta a Mr. Charles J. Jenkins, candidato a gobernador de Georgia, justificando el decreto y pretendiendo ser un estadista sagaz.

Este esfuerzo le resultó contraproducente al contestarle un Mr. Jenkins airado por haber publicado la carta sin su consentimiento, pues parecía denotar que compartía sus ideas. Jenkins remata su respuesta, declarando tajante: "Primero, que yo desapruuebo por

completo la invasión y conquista de Nicaragua que intenta realizar el general William Walker. Segundo, que la reanudación de la trata de esclavos que se proponen, para mí es detestable”. En ese momento, Walker perdió el apoyo del gobierno de Buchanan. Pese a simpatizar con Walker y su causa, el secretario de estado Lewis Cass entonces actuó para detenerlo visto que ya era más que obvio que no podría tener éxito. Cass envió el 18 de septiembre una circular a los oficiales de los tribunales de justicia federales, urgiéndoles actuar con diligencia y utilizar todos los medios legales para impedir que zarparan los filibusteros.

Walker le escribió a Cass el 29 de septiembre, protestando no haber violado ni tener intenciones de violar la ley de neutralidad de los Estados Unidos. Por supuesto, el argumento de Walker no convenció al Secretario de Estado, quien en noviembre prosiguió en su nueva política, reconociendo al presidente de Nicaragua General Don Tomás Martínez (gobernante electo por votación nacional, después de compartir con Jerez un régimen provisorio bipartita tras capitular Walker) y firmando un tratado con el ministro de Nicaragua Antonio José de Irisarri.

Pero Walker, ¡cómo no!, prosiguió con su expedición, aun cuando no cabía la menor posibilidad de éxito. Los fondos disponibles en Nueva Orleans para esta segunda expedición a Nicaragua no llegaban a \$7,000, que se gastaron en gran parte en alojamiento y comida de los coroneles Kissane Rogers, Henry y demás camaradas filibusteros en la ciudad.

Walker necesitaba de mucho para su empresa y recibió una ayuda substancial de Alabama. Henry G. Humphries (rico hombre de negocios de Mobile) y otros amigos de Alabama formaron la “Compañía de Vapores de Mobile & Nicaragua” y anunciaron que la nueva línea daría servicio regular de pasajeros y carga entre Mobile y San Juan del Norte. El 5 de noviembre, Humphries compró “por una suma nominal” en una subasta en Nueva Orleans, el *Fashion*, viejo barco de transporte de la Marina norteamericana, de 419 toneladas. Con el *Fashion* en el muelle, aprestándose a partir, corrió el rumor de que Walker zarparía para Nicaragua el 11 en la madrugada. Acatando las órdenes del Secretario de Estado Cass, el oficial del tribunal de justicia federal de Nueva Orleans, Emile Mary, fue a la residencia de Walker en la calle Customhouse y lo arrestó un poco antes de la medianoche del 10 de noviembre de 1857.

Pero el filibustero preso era un tigre suelto.

28. Paulding

WALKER NO DURMIÓ en la cárcel en Nueva Orleans. En cuanto lo arrestaron, a las 11 P.M. del 10 de noviembre de 1857, el juez federal Theo. H. McCaleb lo dejó libre bajo fianza de \$2,000. Pierre Soulé actuó de defensor y S. F. Slatter fue el fiador. Al día siguiente en la mañana se abrió el juicio contra Walker, acusado de haber puesto en marcha una expedición militar ilegal, y el juez le ordenó presentarse de nuevo el 17, cuando continuaría el proceso judicial.

Al mismo tiempo que arrestaban a Walker, cerca de la medianoche, las autoridades federales se apoderaron del *Fashion* en el muelle. Mientras Walker estaba en el juzgado el 11, el recaudador del puerto “cuidadosamente inspeccionó el vapor de punta a punta” y, al no encontrar nada sospechoso, se lo devolvió a los dueños. El *Fashion*, sin embargo, zarpó para Mobile esa noche con un fuerte cargamento de armas, municiones y provisiones a bordo.

Walker prosiguió con su expedición en cuanto salió del juzgado. En la tarde se fue a Mobile en el vapor correo *California*, acompañado de su Estado Mayor y casi todos los hombres (150) que tenía en Nueva Orleans. Para abordar el barco, Walker se acercó al muelle dando rodeos y los demás lo hicieron en pequeños grupos y por diversas rutas para no llamar la atención. La brigada de artillería, el cuerpo médico y algunos soldados viajaron a Mobile en el *Fashion* por la noche. El remolcador *Dick Keys* los esperaba en la bahía de Mobile con otros cincuenta hombres y más armas. Una vez que el remolcador transbordó el contingente del *California* al *Fashion*, éste zarpó hacia San Juan del Norte el 14, según reportó, con 200 emigrantes (“cafetaleros”) y “mercancías” para Nicaragua. Pero la prensa enseguida informó que el *Fashion* en realidad llevaba a bordo 186 filibusteros, una docena de “civiles” y especuladores, un lote de 1,000 armas y provisiones suficientes para alimentar a 400 hombres durante tres meses. El barco iba tan cargado que un pasajero en la cubierta podía sacar agua del mar con un balde.

Los soldados de Walker se habían enrolado por un año, esperando recibir cada uno \$25 al mes y 250 acres de tierra; más de treinta eran veteranos de la guerra en Nicaragua —filibusteros de pura cepa como Kissane y Fayssoux. El agente de Morgan & Garrison, Charles J. Macdonald, iba con ellos, a tomar posesión de los vapores de la Compañía del Tránsito en Nicaragua y a servirle de Ministro de Hacienda a Walker.

Navegando despacio, a velocidad máxima de siete nudos, el

viejo, sobrecargado vapor surcó el 24 de noviembre las aguas nicaragüenses del Caribe. Era de mañana, y una densa niebla que ocultaba la costa se disipó al mediodía, mostrando a estribor la bahía de San Juan del Norte con la corbeta norteamericana *Saratoga* anclada en el puerto. Walker le ordenó al capitán pasar de lejos y continuar hasta la boca del río Colorado, adonde llegaron a las tres y pico de la tarde. Sin echar anclas, bajaron tres botes en los que Walker mandó cuarenta y cinco hombres con el coronel Frank Anderson, quien llevaba instrucciones de remontar el Colorado y tomar posesión del río San Juan en la bifurcación para interceptar el tráfico fluvial del puerto. El *Fashion* los remolcó hasta donde pudo acercarse sin peligro a la barra, se quedó esa noche cerca de la costa y el 25 al amanecer puso proa hacia San Juan del Norte donde entró a las 7 de la mañana, pasó a toda máquina cerca de la corbeta y atracó junto al viejo casco que servía de muelle en las instalaciones de la Compañía del Tránsito en Punta de Castilla, en el extremo de la bahía opuesto a la población de San Juan del Norte (llamada también Greytown). Viendo apenas quince o veinte hombres sobre la cubierta del *Fashion* y creyendo que eran trabajadores enviados por la Compañía del Tránsito, el capitán Frederick Chatard, del *Saratoga*, dejó desembarcar sin molestia a la gente de Walker. Cuando se dio cuenta de su error, ya los 150 filibusteros estaban en tierra, armados hasta los dientes con revólveres, rifles y cuchillos.

Durante los dos días subsiguientes, los filibusteros descargaron sin estorbo los pertrechos y vituallas, izaron la “bandera nicaragüense” de Walker y ocuparon Punta de Castilla, un territorio de dos kilómetros de largo a ambos lados de la terminal de la Compañía del Tránsito.

El 26 en la noche, llegó al campamento filibustero un bote de Anderson con varios hombres en busca de provisiones, informando que en la barra del Colorado apresaron a cinco nativos y los habían usado de pilotos para ascender el río. Les tomó veintitrés horas navegar los cuarenta kilómetros hasta el San Juan, a remo contra corriente bajo lluvias torrenciales y al paso se posesionaron de la isla de Leefe en la bifurcación, bloqueando desde ahí el tráfico fluvial del puerto con el interior. El bote se regresó a la isla de Leefe el 27, con cinco hombres más y provisiones para doce días. Llevaba órdenes de Walker para que Anderson avanzara al Castillo a capturar un vapor y también la fortaleza, si le era posible.

Anderson y su tropa ascendieron el San Juan el 29 de noviembre en tres botes de cuatro remos, y desembarcaron a dos kilómetros del Castillo el 3 de diciembre a las 8 P.M.; se abrieron paso en la maleza, subieron a la cima de la Colina de Nelson a la 1 A.M. del 4 y en

la tarde tomaron la fortaleza porque los defensores costarricenses al mando del coronel Francisco Alvarado abandonaron el punto en cuanto comenzó el ataque. Sin sufrir una sola baja, los cincuenta filibusteros de Anderson aprisionaron más de treinta soldados costarricenses y capturaron seis piezas de artillería, 150 rifles y tres vapores fluviales: el *Morgan*, *Ogden* y *Bulwer*. El 5 agregaron a su botín el vapor lacustre *La Virgen* en el raudal del Toro, quince kilómetros río arriba del Castillo.

La primera noticia del éxito de Anderson la recibió Walker el 5 en la noche, pero la alegría que produjo en el campamento filibustero se esfumó al arribar la fragata norteamericana *Wabash* en San Juan del Norte el 6 en la mañana; pocas horas después llegaron los barcos de guerra ingleses *Leopard* y *Brunswick*. El 7 entró en el puerto el barco de guerra norteamericano *Fulton* y la fragata *Susquehanna* se les enfiló varios días más tarde.

El 7, el comodoro Hiram Paulding le envió una nota concisa y clara a Walker, exigiéndole en forma apremiante la rendición. Walker se rindió el 8, después de que seis lanchas llenas de marinos del *Saratoga*, artilladas con obuses de a doce y veinticuatro libras, se aproximaron frente a su campamento mientras 385 marinos del *Fulton* desembarcaban en la playa a 300 metros de distancia, por la retaguardia. Walker derramó lágrimas cuando arrió por segunda vez su bandera y por momentos perdió el control de sí mismo, llorando como un niño ante el comodoro Paulding, quien arrestó a los 150 filibusteros en Punta de Castilla y los envió en el *Saratoga* a Norfolk. Walker prefirió viajar aparte, en barcos más rápidos: en el *Wabash* a Aspinwall y de ahí a Nueva York, pagando su propio pasaje, en el *Northern Light*. Paulding lo dejó ir bajo palabra de honor de que a su arribo en Nueva York se entregaría al oficial federal Isaiah Rynders.

El 24 de diciembre, el capitán Joshua R. Sands, del *Susquehanna*, embarcó un destacamento de marinos en el vapor fluvial *Morgan*, ascendió el río y capturó a Anderson y su gente sin que ofrecieran resistencia. Los envió a Aspinwall en el *Fulton* para que el *Wabash* se los llevara a Key West. Nativos y extranjeros en toda la región celebraron la ida de los filibusteros, como un aguinaldo navideño y despedida del año viejo. El respaldo general a la expulsión de Walker se manifestó el día 25 al darle los residentes norteamericanos de Aspinwall una “espléndida fiesta” al comodoro Paulding y sus oficiales, a la que invitaron a los oficiales del barco de guerra británico *Brunswick* y a las principales familias panameñas. Cuando le presentaron al Comodoro, el gobernador de Panamá don Bartolomé Calvo articuló el sentimiento colectivo con un apretón de mano

a Paulding y diciendo: “Me complace estrechar la mano que le dio el golpe de gracia al filibusterismo”.

En la travesía de Aspinwall en el *Northern Light*, Walker atrajo poca atención. A su arribo en Nueva York el 27 de diciembre de 1857 por la noche, un pasajero reveló que durante el viaje, el Predestinado de los Ojos Grises “anduvo en el barco y jugó naipes con otros pasajeros, como si no tuviera los ojos de dos continentes sobre él. Es un magnífico jugador de naipes”. A otro pasajero le impresionó el comportamiento de Walker, considerándolo un hombre extraordinario: Estuvo de buen humor durante todo el viaje y lleno de confianza de que pronto regresaría a Nicaragua. Al desembarcar del *Northern Light*, Walker se fue en coche con Charles J. Macdonald a la residencia de Henningsen. El General andaba en Washington, pero su esposa, que estaba ya por irse a la cama, le brindó a Walker la hospitalidad de su casa. El reportero del *New York Herald* se apresuró a entrevistarle esa misma noche: lo encontró en excelente salud física y mental, vigoroso y alegre, y con una cara de tomate que contrastaba con la palidez del rostro en su anterior visita a Nueva York. Al publicar la versión detallada de Walker de su reciente expedición y arresto, el reportero comentó: “Los que se imaginan que el general Walker no intenta regresar a Nicaragua están muy equivocados. No está ni pizca deprimido por lo sucedido, sino al contrario, está más optimista que nunca”. Pero ese y otros periodistas sabían que Walker andaba soñando despierto y que casi todos sus amigos lo habían abandonado: “los mismos que lo aclamaron y aplaudieron la vez pasada, ahora dicen que lo deben fusilar”. Todos, pues, veían su causa perdida, sin esperanza.

Cumpléndole la palabra al comodoro Paulding, a la mañana siguiente Walker se presentó en la oficina del capitán Isaiah Rynders. Al verlo entregar la carta de Paulding a Rynders, nadie, ignorante de los hechos, se hubiera imaginado que el modesto hombrecito del sobretodo café era el mismo individuo que había causado tanta conmoción. Sentado frente al capitán que leía la carta, Walker parecía un espectador indiferente y no la persona más interesada en este trance. Rynders llevó al prisionero a Washington el 29, y tras hospedarse en el hotel Brown se fue con él al Departamento de Estado. El secretario de estado Cass los recibió en su despacho con efusiva cordialidad; Rynders le explicó que llevaba a Walker por instrucciones del comodoro Paulding y Cass le respondió que el Departamento Ejecutivo del gobierno no consideraba a Walker como prisionero ni tenía ninguna orden que dar respecto a él.

Ya en libertad y de regreso en el hotel Brown Walker vivió “una recepción perpetua en sus apartamentos”: el 2 de enero lo visitaron

varios miembros del Congreso y otros políticos sureños, a quienes recibió en los salones del hotel con cordiales apretones de manos; el 4 de enero le escribió una segunda carta al Presidente Buchanan —carta que de inmediato resultó contraproducente. Horace Greeley, del *Tribune*, la llamó “un documento extravagante, que, considerando los antecedentes del autor, resulta cómico, más que nada”; James Gordon Bennett, del *Herald*, señaló que “Su tono, su espíritu y su lógica no son indicios de una mente superior”, el padre de uno de sus filibusteros enseguida publicó datos incontestables que demolieron las pretensiones de Walker, de su buena fe, justicia y clemencia, y, por último en un mensaje especial al Congreso el 7 de enero, el Presidente Buchanan (el mismo antiguo “diplomático filibustero” del Manifiesto de Ostende) le dio a Walker su respuesta, propinándole el golpe oficial definitivo:

“Por más que se disfrace”, dijo el Presidente, refiriéndose a la última aventura de Walker, “tal expedición militar es una invitación a los facinerosos temerarios a que se enrolen bajo la divisa de cualquier aventurero para robar, saquear y asesinar a los inocentes ciudadanos de los Estados vecinos que nunca les han hecho ningún daño. Es una usurpación de la autoridad para librar una guerra, que le pertenece sólo al Congreso”; y enseguida Buchanan enunció la conclusión ineludible: “El gobierno mismo, ante los ojos del mundo, es cómplice del crimen a menos que tome todas las medidas necesarias para prevenirlo y castigarlo”.

* * *

SU PROPIA CARTA había servido para descartarlo... y Walker salió de Washington a Richmond el 11 de enero de 1858, en rumbo a Nueva Orleans. Llevaba a Nicaragua en la bolsa del pantalón, como siempre; pero, tal como lo expresara Bennett con una alegoría en el *Herald*, la “Nicaragua” de Walker era ya “un gallo muerto en la gallera”.

29. Absuelto

AL FINALIZAR 1857 el Congreso en Washington debatía la admisión del estado de Kansas en la Unión, dentro de una atmósfera cargada de animosidad intensa acerca de la esclavitud. Los extremistas sureños hacían esfuerzos desesperados para meter a la fuerza su “institución peculiar” en el nuevo Estado, en contra de los deseos de por lo menos cinco de cada seis habitantes. En una convención amañada, en Lecompton, promulgaron una constitución esclavista, la que luego ratificaron en un referéndum ficticio. A pesar del descarado fraude, el Presidente Buchanan cedió ante los demócratas sureños y presionó al Congreso a que aceptara a Kansas con la constitución de Lecompton.

Tras los diez días del receso de navidad, el Congreso reanudó las sesiones el 4 de enero de 1858. El asunto filibustero le echó más leña al fuego de los debates de Kansas, y ambas cámaras le pidieron información al Presidente acerca de la captura de Walker. Enseguida prosiguieron los interminables debates. Los partidarios de Walker en el capitolio sabían desde el comienzo que su causa era “un gallo muerto en la gallera”, pero de todos modos libraron la escaramuza, sin posibilidades de lograr nada práctico. Al cerrar sus sesiones ese año, el Congreso no había pasado una sola resolución favorable a Walker y sí enterrado el cadáver que él llevaba en la bolsa.

Greeley del *Tribune*, consciente de ello, aprovechó la ocasión para reírse de Walker una vez más: “Los celosos e impulsivos propagandistas que defendieron atolondrados la causa de Walker, se han cansado del experimento y hagan lo que hagan en el futuro, se cuidarán mucho de mantenerse fuera del alcance de sus bonos nicara-güenses, que se consideran tan mortíferos como el whisky del rifle que se dice que mata a cien yardas”.

Bennett, en el *Herald*, estuvo de acuerdo y se rio al unísono. En “Los Tragafuegos sureños y nuestra política nacional”, concluyó: “para ellos, Walker es tan importante como Dan Rice, el domador de rinocerontes en el circo; aunque a diferencia de Dan Rice, el rinoceronte que Walker quiso montar lo botó al suelo”.

Walker, en el Sur, hallaba un entorno más amistoso: llegó a Richmond el lunes 11 de enero de 1858 en la tarde; el martes visitó el Senado y la Cámara de Representantes de Virginia, donde se presentaron (y quedaron sin debatir) resoluciones condenatorias del comodoro Paulding, y el jueves en la noche le dieron un “espléndido” banquete. Su discurso causó fuerte impresión; recibió frenéticos

aplausos que duraron varios minutos. El viernes en la mañana continuó el viaje a Petersburg, donde sus amigos habían de previo celebrado un “mitín de indignación” en la alcaldía, promoviendo el apoyo popular para su causa. El lunes 18 de enero llegó a Montgomery, Alabama, donde una inmensa muchedumbre en la Cámara de Representantes le hizo un recibimiento apropiado; hubo los discursos y las resoluciones de rigor, pero, como siempre, sólo fueron palabras que se lleva el viento, sin dejar nada tangible en provecho de la Nicaragua que Walker seguía acariciando en la bolsa.

Se detuvo en Selma y les tocó las fibras del corazón a los sureños, diciendo que la oposición a su causa se debía al hecho de que los americanos en Nicaragua favorecían el establecimiento de la esclavitud. Bajó por el río Alabama en el *King* y llegó a Mobile el viernes 22 de enero; según la crónica del *Mobile Register*, cuando corrió la voz de que el *King* arribaba al muelle “con este distinguido personaje [William Walker] a bordo”, una inmensa multitud se congregó para darle la bienvenida y la artillería de los Continentals lanzó una salva de diez cañonazos. Al aparecer Walker, se escuchó un largo y fuerte grito, un vigoroso “¡Salve!” al héroe y estadista que todavía entonces se decía ser Presidente de Nicaragua. Del vapor *King* al hotel *Battle House* fue una marcha triunfal. El vestíbulo y el salón de recepción estaban llenos de personas deseosas de saludarlo, y en pocos minutos, en la calle Royal frente al hotel se apretujaba un gentío mayor que el del muelle, pidiendo a gritos a “¡Walker! ¡Walker!” Sumiso a la petición del pueblo, Walker salió al pórtico y pronunció el discurso de costumbre.

Al día siguiente lo arrestaron en Mobile, por orden venida de Nueva Orleans, pero de inmediato quedó libre con recurso de Habeas Corpus. Un juez local enseguida anuló la orden de arresto. El lunes 25 de enero en la noche, conforme lo anunciaron los periódicos esa mañana, Walker pronunció otro discurso en un “mitin de Nicaragua” en Mobile. En él reveló un segundo motivo secreto de la oposición a sus designios: que él se había negado a acatar la sugerencia del gobierno de Buchanan de que fuera a incitar la revolución en México con miras a que dicho país cayera en poder de los Estados Unidos. De Mobile, Walker llegó a Nueva Orleans, donde se presentó ante el juez de la corte federal el lunes 1 de febrero. Pero el gran jurado no lo había acusado y el juez McCaleb le informó que no había ningún cargo contra él. Walker, no obstante, insistió en que lo juzgaran por violación de la ley de neutralidad, pero el juez rehusó hacerlo al reiterar el fiscal que no había nada contra él mientras no recibiera nuevas instrucciones de Washington. Al día siguiente llegaron prisioneros a Nueva Orleans el coronel Frank Anderson y sus fi-

libusteros, remitidos de Key West. El gran jurado revisó el caso el 3, y entonces acusó a William Walker, Frank Anderson y otros tres. El juez McCaleb señaló el cuarto lunes de abril para iniciar el juicio.

La recepción a Walker en Nueva Orleáns dejó mucho que de-sear. No hubo cañón que disparara salvas ni gentío que le pidiera un discurso, (como en Mobile) y sus partidarios no pudieron organizar un “mitin de indignación” que preparara la recepción apropiada. La realidad es que ni siquiera lograron reunir una veintena de personas en el bar del hotel Arcade, a pesar de haber anunciado con bombo y platillo en los periódicos el “Mitin de Nicaragua”. Más alarmante para Walker fue el hecho de que el primer paso para presentarle un testimonio de agradecimiento a Paulding por haberlo arrestado se dio nada menos que en Nueva Orleáns: en dicha ciudad se abrió la colecta de donaciones para conferir una espada honorífica al comodoro Paulding y una bandera a los oficiales y tripulación de la fragata *Wabash*, en reconocimiento y aprobación de sus actos contra el filibustero. La realidad es que la Nicaragua de Walker estaba muerta en todas partes, inclusive en el Sur. Pero, para financiar su empresa, Walker había inundado el Sur con bonos de \$100 emitidos en su nombre a veinte años de plazo, pagaderos en tierras de Nicaragua, y grandes cantidades de estos bonos estaban en manos de individuos de Mobile, Montgomery y otros lugares, que deseaban recuperar sus pérdidas y de ahí la “indignación” manifestada a propósito en dichas ciudades.

Repudiado y arruinado, Walker se fue a Nashville, adonde llegó el 7 de febrero. Se hospedó en la vieja casa familiar de su padre, visitó a John Berrien Lindsley y otros antiguos amigos y el sábado 20 de febrero en la noche, a petición de 122 ciudadanos prominentes, pronunció el discurso de costumbre ante una “inmensa concurrencia” en el Odd Fellow's Hall. Habló durante casi dos horas. El *Republican Banner* informó que “cundió por el auditorio un enorme entusiasmo, el que frecuentemente se manifestó en atronadores aplausos”. El cronista enseguida explica que “el general William Walker es altísimamente estimado en su ciudad natal y entre sus antiguos amigos y asociados. Creen que sus propósitos son patrióticos y filantrópicos y él goza de las simpatías del pueblo en su noble y heroica lucha por lograr la victoria gloriosa de su causa”. El *New York Herald*, por supuesto, lo veía bajo otra luz:

...El general William Walker, el “hombrecito de ojos grises” de Nicaragua ... según las últimas noticias andaba discursando en Nashville. Cuando termine la gira propagandista probablemente desaparecerá como Kossuth o “aparecerá” como Micawber, en Australia; o quizás se zambulla por otro lado a construir su im-

sencia del juez Campbell, y cuando compareció de nuevo, se volvió a posponer por la ausencia de varios testigos.

Por fin, con los jueces Campbell y McCaleb presidiendo y con la sala llena de espectadores, el 31 de mayo prestaron juramento los jurados y comenzó el juicio. El 2 de junio tomaron la palabra el fiscal, Walker, Soulé y otros; el juez Campbell explicó la ley y resumió las pruebas; los jurados deliberaron un rato, no lograron ponerse de acuerdo y el juez los mandó a casa. La votación era diez a dos en favor de sobreseer a Walker. Soulé pidió convocar un nuevo jurado para un nuevo juicio, rápido. El juez prometió considerar la sugerencia, pero al día siguiente, el fiscal desistió de proseguir el caso. Y el 12 de junio de 1858, se leyó en un diario local:

...Este caso del general Walker y el coronel Anderson, pendiente desde hace largo tiempo, terminó esta mañana. El juez Campbell le había exigido al general Walker poner una fianza de \$3,000 en bonos y al coronel Anderson \$1,500, comprometiéndose a que en un período razonable de tiempo no tomarían parte en ninguna expedición filibustera contra el estado de Nicaragua, etc. Finalmente, se decidió que ambos fueran sus propios fiadores por las sumas indicadas, lo cual se hizo y cada cual cogió su camino.

La farsa había llegado a término y el “predestinado de ojos grises” cogió el camino, con su fantasma de Nicaragua en la bolsa del pantalón, hacia otra de sus expediciones filibusteras, siempre con la mira puesta en su amor tropical.



Comodoro Hiram Paulding, ante quien Walker se rindió el 8 de diciembre de 1857.

30. Calamidades

AL CONCLUIR el juicio en Nueva Orleans según el *Mobile Register* de 18 de junio de 1858 Walker se fue a Mobile, donde su presencia suscitó “demostraciones repentinas y espontáneas de felicitación y simpatía para con él y su causa de parte de nuestros ciudadanos”. Sus amigos encendieron fogatas en la calle frente al hotel y gastaron unos cuantos dólares en triquitracas y una charanga. Walker aprovechó la oportunidad y produjo el discurso de rutina. De ahí saltó en una agotadora gira propagandista de tres semanas por el oriente de Mississippi y occidente de Alabama, perorando en todas partes sobre “asuntos nicaragüenses”. De Mobile pasó a Macon; de ahí a Columbus y Aberdeen; a Carrollton, Eutaw, Greensboro y Marion; a Selma, y cruzando por el distrito de Wilcox, de regreso a Mobile.

El 10 de julio fue el invitado de honor en un festín campestre cerca de Montgomery, Alabama, en el que él y el senador William Lowndes Yancey pronunciaron oportunos “discursos nicaragüenses”; por la noche, en la iglesia Bethel de Montgomery, Walker y Yancey hablaron de nuevo ante más de 500 personas y conmovieron muy hondo los corazones sureños de los oyentes. Al instante formaron una “Liga Sureña”, obtuvieron buen número de firmas y dictaron la carta constitutiva de la organización, autobautizada “Los Coaligados del Sur” y bajo el lema “Nuestra única defensa es una república sureña”.

Durante esta gira, Walker le escribió varias cartas a Fayssoux, en Nueva Orleans, comunicándole que había encontrado amigos y respaldo. La gira fue halagadora en cuanto a sentimientos se refiere; pero en cuanto a la indispensable ayuda material, resultó pobre.

De regreso en Mobile, el 19 de julio Walker le envió una carta al *Register* en la que narró “los hechos del caso”, intentando probar que el Presidente Buchanan (a través de intermediarios) le había propuesto que fuese a México en vez de Nicaragua (como lo hizo Henningsen en su lugar). El Ministro de la Guerra John B. Floyd, presuroso, negó haberle dicho a Henningsen nada sobre México que justificara lo que Walker alegaba en su carta.

A finales de julio se le abrió una nueva vía para conseguir recursos, la de George H. Bowly, amigo de Fayssoux, quien había hablado con los directores de la compañía canalera Stebbins-White, en Nueva York, y ellos le habían ofrecido poner a Walker “con pie sólido” en Nicaragua, “que asegurará el éxito”. En pago, la compañía deseaba que Walker les diera la concesión del Tránsito “por noventa

y nueve años". El vapor *Hermann* en el Pacífico y el *Washington* en el Atlántico, protegidos por la concesión canalera de la compañía de Stebbins-White, con facilidad encubrirían el proyecto secreto.

A Walker le pareció la concesión del Tránsito por noventa y nueve años excesiva. Además, su amigo Charles J. Macdonald, conocedor del asunto, no confiaba en Bowly. En consecuencia, el 9 de agosto Walker fue a Nueva York a negociar en persona; lo acompañó Humphries, quien iba "a ver a la gente en Washington". Llegaron a Nueva York el 16 de agosto. El 9 de septiembre Walker le comunicó a Fayssoux: "El asunto va bien. ... Diles a los nicaragüenses que se alegren: el día de nuestro triunfo comienza a amanecer". Y el 13 de septiembre escribe entusiasmado: "Diles a todos los nicaragüenses que se preparen a partir el 1 de noviembre. Yo estaré en Mobile para el 1 de octubre y entonces les daré los detalles. ¿Qué tal te parecería si yo fuera a San Juan del Norte con pasaporte del Señor Yrisarri?"

Tras ultimar tratos "muy ventajosos" con la compañía Stebbins-White, tratos que incluían hasta pasaportes nicaragüenses para que él y sus filibusteros entraran al país, Walker regresó a Mobile y envió circulares a sus amigos anunciándoles que el 10 de noviembre zarparía un barco hacia Nicaragua. Pero el 27 de octubre el ministro Irisarri publicó en Nueva York un "Manifiesto contra los filibusteros", previniéndoles a los que intentaban invadir Nicaragua disfrazados de colonos que nadie podría ingresar en el país sin pasaporte, y el 30 de octubre el Presidente Buchanan lanzó en Washington su propia "Proclama contra los filibusteros", exhortando a las autoridades a alertarse y actuar con activa lealtad en la supresión de estas empresas ilegales.

Desconcertado por la proclama presidencial, Walker salió de Mobile a toda prisa para Washington, adonde llegó el 6 de noviembre. La prensa informó que Walker tenía muchos asuntos que arreglar con Joseph L. White: pasaron largas horas juntos conversando en privado, tras lo cual se hizo evidente que habían llegado a un perfecto acuerdo; Walker conversó además con sus camaradas filibusteros Wheeler, Cazneau, Henningsen y los secesionistas sureños Soulé, Yancey, De Bow y Heiss, y el 10 de noviembre regresó a Mobile. Su organización en el Sur, llamada "Sociedad de Emigrantes Sureños", había logrado reunir sólo 200 hombres en Mobile el 10 de noviembre, fecha en que zarparían a Nicaragua; la partida se pospuso para el 23 en espera de más "emigrantes" de Texas, Arkansas, Louisiana y los estados vecinos que viajarían a San Juan del Norte en el *Alice Tainter*, de 667 toneladas.

El secretario y tesorero de la "Sociedad de Emigrantes Sure-

ños" era el mayor Julius Hesse, de la firma J. Hesse & Cía., la misma firma que despachó de Mobile al *Fashion* para San Juan del Norte en noviembre de 1857. Hesse solicitó el permiso de rutina de la aduana para despachar ahora al *Alice Tainter*. El recaudador de aduanas de Mobile, Thaddeus Sanford, que había sido "engañado" entonces por el maniifiesto falso del *Fashion*, pidió instrucciones a Washington. Por decisión del gabinete, el ministro de hacienda Howell Cobb le ordenó a Sanford que le negara el permiso a Hesse.

Cuando el 19 de noviembre se supo en Mobile que el gobierno no dejaba zarpar al *Alice Tainter*, 300 filibusteros se congregaron en las oficinas de J. Hesse & Cía. a exigir transporte inmediato a San Juan del Norte o que les devolvieran el valor del pasaje. No se dispersaron sino hasta después que les prometieron devolverles el dinero. Walker anunció que si su presencia era lo que impedía efectuar la expedición pacífica, él se retiraría. El 20 se fue de Mobile, sin que se supiera para dónde. Ese mismo día llegó a Mobile el juez John A. Campbell de la Corte Suprema a encargarse de que el gran jurado indagara acerca de las intenciones de los cabecillas "nicaragüenses" en el puerto. Todo el mundo sabía que Walker estaba presto a unírseles cuando los emigrantes arribaran en San Juan del Norte, si es que lograban partir; y el martes 23 de noviembre, la posibilidad de que eso sucediera brilló de pronto cuando el coronel filibustero Edmund H. McDonald llevó a Mobile noticias de Washington que de golpe facilitaban la partida de los emigrantes. La prensa informó "que el primer grupo de emigrantes saldrá mañana, que el barco viajará con regularidad con permiso de la aduana y que los pasajeros tienen pasaportes firmados por Yrisarri".

Pero Irisarri le había dado al Departamento de Estado la lista de las personas con pasaporte legal para viajar a Nicaragua. Todas zarparían de Nueva York en el *Washington*. La artimaña de Walker, pues, falló: las autoridades de inmediato declararon falsos los pasaportes de los viajeros de Mobile y la aduana no dejó salir al *Alice Tainter*. En consecuencia, el 28 de noviembre Julius Hesse & Cía. comenzó a reembolsar el valor de los pasajes y 200 filibusteros en cieme se regresaron a sus casas.

Walker reapareció en Mobile el 30 de noviembre, con el mismo sigilo con que había desaparecido diez días antes. Llamado a declarar ante el gran jurado, testificó durante seis horas en dos días, contestando una serie de preguntas acerca de sus actividades en California, Sonora y Nicaragua; tras examinar a otros testigos, el jurado no acusó a nadie y el 3 de diciembre se cerró la investigación.

La noche siguiente —sábado 4 de diciembre— el centenar de emigrantes que aún estaban en Mobile se reunieron en el muelle y

embarcaron en la goleta *Susan*, de 146 toneladas, de la “Compañía de Vapores de Mobile & Nicaragua” de Henry G. Humphries, al mando del capitán Harry Maury. Según se dijo, la goleta iba para Key West, donde los pasajeros transbordarían al *Washington* que los llevaría a San Juan del Norte. Poco después de medianoche, el remolcador llevó la goleta a Dog River Bar, a quince kilómetros de Mobile pero todavía dentro de la bahía. El 5 de diciembre en la mañana, la *Susan* estaba al paio, meciéndose apenas al soplo de alguna brisita ocasional. El capitán Maury aprovechó la calma para improvisar nuevos marineros, ya que toda la tripulación (menos dos) había abandonado la nave al ver subir a bordo a los filibusteros. De acuerdo a una crónica periodística, para convertir a los pasajeros en marineros Maury utilizó un recurso ingenioso: amarró naipes en las jarcias del velero y enseguida dio las órdenes: ‘ilzar el as de corazones!’ ‘iArriar el rey de espadas!’ ‘iAmarrar el dos de flor!’ ‘iAparejar a la reina!’ etc.

Aunque no tenía más de veintiocho años de edad, el capitán Maury era un veterano lobo de mar que había comandado su primer barco a los diecinueve. Al contar cabezas, en la *Susan* iban 112 hombres: el capitán, dos marineros, Charles Allen (corresponsal del *New York Herald* e historiógrafo de la expedición) y 108 filibusteros, ya casi convertidos en barajas...

La *Susan* permaneció inmóvil hasta el domingo a medianoche, cuando le sopló una buena brisa y prosiguió su derrotero. El lunes al mediodía, a seis kilómetros de la estación naval y de alta mar, el guardacostas *Robert Mc Lelland*, del capitán J. J. Morrison, de pronto le bloqueó el paso y el capitán pidió ver los documentos de la goleta; Maury respondió que no había sacado el permiso de la aduana porque sólo iba a la estación naval a proveerse de agua antes de zarpar. Morrison subió a bordo de la *Susan*, la apresó y le ordenó regresar a Mobile; Maury se negó a entregar su barco, alegando que la captura donde estaba, dentro de la bahía, era ilegal y siguió una discusión acalorada al punto de que casi llegaron a los puños cuando el capitán Morrison le dijo al coronel Anderson que lo conocía muy bien y también a su gavilla de piratas. Algunos filibusteros, airados al oír eso, sugirieron que a Morrison no le debían permitir regresar a su nave; Morrison al instante le ordenó al teniente en la lancha junto a la *Susan* que volviera al remolcador y le disparara un cañonazo a la goleta, sin importarle su vida. Maury lo calmó, asegurándole que nadie le impediría regresar a su barco.

Pero continuó el desacuerdo, con el capitán Morrison decidido a llevarse a la *Susan* a Mobile y el capitán Maury igual de firme en no dejarse capturar. Morrison por último regresó a su barco, dejando al

teniente de marina George F. White en la goleta filibustera, para cuidar que no se escapara. Maury aceptó al teniente como huésped, según dijo, hasta que la *Susan* estuviera lista para zarpar y recibiera el permiso de la aduana de Mobile. La *Susan* se proveyó de agua el lunes en la tarde y de ahí en adelante navegó zigzagueando por toda la bahía, perseguida de cerca por el veloz guardacostas —tan de cerca que con frecuencia Maury sostuvo, estela de por medio, amistables pláticas con Morrison. En una de tantas, le propuso que la *Susan* protegería al *Robert Mc Lelland* de los piratas en la bahía de Mobile si el guardacostas luego acompañaba a la goleta a San Juan del Norte para protegerla de la flota británica. El lunes en la noche las dos embarcaciones anclaron juntas y Morrison invitó a Maury a bordo del guardacostas, donde ambos comandantes pasaron un par de horas en amena conversación. Morrison convino en aguardar a que Maury sacara el permiso de la aduana, pero recalcó, si la *Susan* trataba de escaparse de la bahía sin el permiso, él la echaría a pique a cañonazos.

El martes 7 de diciembre la *Susan* siguió zigzagueando durante todo el día, manteniendo alerta y en continuo movimiento al guardacostas hasta que la tripulación entera estuvo muerta de cansancio. A las 9 P.M., Maury visitó de nuevo a Morrison en su barco. De regreso en la *Susan*, les avisó que iba a anclar y le respondieron “está bien”. Maury entonces hizo deslizar por la borda una cadena vieja amarrada a una cuerda, sacudiéndola con ruido para que en el remolcador creyeran que había anclado. El remolcador ancló en seguida. A eso de medianoche, envuelta en una espesa niebla, la *Susan* se escapó en silencio. A las 3 A.M. del miércoles 8 de diciembre, navegaba ya en aguas del Golfo de México. El guardacostas había quedado en la bahía. Abordo de la goleta filibustera y encerrado en un camarote, el incauto o harto sagaz teniente White apuraba trago a trago en alegre convivio con los coroneles Anderson y Natzmer; el jueves a las 3 P.M., a 400 kilómetros de Mobile, lo transbordaron al *Oregon*, rumbo a Nueva Orleáns, y a su arribo ya sobrio informó que los filibusteros le habían dicho que se dirigían a Greytown [San Juan del Norte]. El viernes la *Susan* encontró a la goleta *Fanny*, que iba para Nueva Orleáns, y los filibusteros se identificaron como “la goleta *Susan*, de Mobile para Greytown, con emigrantes —sin novedad”.

Mentían a propósito para despistar y facilitar el desembarco en Puerto Cortés, Honduras, adonde los había enviado Walker, quien buscaba en Mobile otra embarcación para unírseles. El 11 de diciembre mandó al coronel Theodore O'Hara, filibustero de Kentucky, a reclutar gente en Columbus y Aberdeen, Mississippi, mien-

tras él seguía tratando de fletar un barco con capacidad para 250 ó 300 pasajeros. Pero en Mobile había pocas embarcaciones y ninguna de ellas adecuada para sus propósitos. El 17 de diciembre Walker estaba considerando tres goletas, mas a las tres las descartó por ser muy pequeñas. Tuvo que fletar un barco que se esperaba llegaría a Mobile en varios días. El coronel O'Hara regresaría de Columbus el 29 de diciembre y Walker zarparía con sus reclutas el 5 de enero. Y una vez más trató de despistar a las autoridades en provecho de sus planes, escribiéndole a Fayssoux el 25: "actúa de modo que crean que zarparemos de Nueva Orleáns. En esto puedes cooperar. Aquí nos ayudará el que fijen su atención en Nueva Orleáns".

La *Susan* entretanto corría su suerte. El 15 de diciembre, cuando avistaba la costa oriental de la península de Yucatán, Charles Allen, el corresponsal del *Herald* a bordo, anotó en su Diario:

Nos aproximamos a Honduras y como esperamos desembarcar en un par de días, todo es actividad a bordo. Se rumora que ya llevaron a la cubierta los rifles minié, cartuchos, cajas, detonantes, etc., y que los están revisando y preparando para usarlos en tierra. El plomo lo están haciendo balas, y tomando todo en consideración, sentimos "no lejano" el "olor al combate".

Entiendo que el plan es desembarcar en Puerto Cortés, el puerto de Omoa en Honduras, y de ahí, tras obtener mulas, caballos, armas y provisiones, marchar por el camino de las acémilas vía Comayagua a León de Nicaragua. Se dice que son como trescientas millas de distancia y que el viaje no es placentero. En León esperamos encontrar hombres y armas para atacar el primer punto que probablemente será el Fuerte San Carlos o El Castillo.

Tal plan era descabellado en extremo, y cuando lo publicó, el *Herald* señaló atinadamente que los filibusteros no tendrían ningún apoyo en Honduras ni Nicaragua, si acaso lograbán desembarcar, y que "esta última expedición de Walker eclipsa en lo quijotesco a la de Sonora y las demás". Pero el naufragio providencial de la *Susan* en un arrecife caribeño desde lejos salvó a Walker en Mobile y a toda su gente de un desastre mayor. El 15 de diciembre, fuertes vientos forzaron a la goleta hacia la costa, zozobrando en el mar enfurecido. El 16 a las 3 A.M., Maury de pronto descubrió reventazones a sotavento y por reflejo ordenó "¡abajo el timón!" El azorado piloto novato timoneó rápido al revés, para "arriba", y en un santiamén el viento condujo a la *Susan* a estrellarse contra un banco de coral a flor de agua, en el arrecife Glover, al Este de Belice.

Al instante se partió en dos, con el palo mayor, el de trinquete y el de mesana caídos. Fue una pérdida material porque, auxiliados

por unos pescadores de tortuga de un cayo vecino, se salvaron todos los pasajeros. El barquito *Wasp* de los pescadores los condujo en pequeños grupos al cayo central del arrecife. Anderson y Maury luego se fueron en el *Wasp* a Belice, a cien kilómetros de distancia, a fletar una embarcación que los llevara a todos a Puerto Cortés. El 24 de diciembre firmaron un contrato con el dueño del bergantín *Kate* en Belice; pero cuando los vio el capitán, recién llegado de Nueva Orleans, se negó a transportarlos, propalando la especie de que eran filibusteros de Walker y haciéndoles imposible de ahí en adelante conseguir ninguna embarcación. Bajo esas circunstancias, el 26 de diciembre Maury y Anderson aceptaron gustosos la oferta del gobernador inglés Frederick Seymour de repatriar gratis a los Estados Unidos a los náufragos de la *Susan* en la corbeta británica *Basilisk*, que fondeaba en Belice.

* * *

EL PRIMER DÍA de Año Nuevo de 1859 los 112 náufragos filibusteros de la *Susan* regresaban a Mobile en la *Basilisk*. Entraron a la ciudad en procesión, enarbolando la “bandera nicaragüense de Walker” y hasta el ducho Maury echó su discursito. En Nueva York, al recibirse la noticia del retorno y descalabro de los emigrantes, Horace Greeley enunció jubiloso en el *Tribune* lo que era ya un deseo universal: “¡Feliz año nuevo para Nicaragua! Que este suceso sea un presagio para ella”.

Pero todo presagio favorable era prematuro porque, apenas fracasar la expedición de la *Susan*, ya Walker estaba laborando con tesón y en silencio para empezar otra más, como si aquel paisecito “híbrido” de los Trópicos le hiciera constantes cosquillas en el bolsillo donde creía llevarlo consigo.

31. Errabundo

WALKER ANOTÓ en las cartas a Fayssoux su reacción al naufragio de la *Susan*. El 13 de enero de 1859 le escribió de Mobile que, aunque el fracaso de la expedición le había trastornado algo sus planes, éstos ya habían comenzado a tomar forma y substancia de nuevo. Dos días después, le comunicó que las circunstancias no eran tan sombrías como muchos se imaginaban; con un poco de suerte, esperaba estar en Nicaragua antes del 11 de abril.

La forma y substancia de sus planes requerían fondos y reclutas que estaba consiguiendo con ayuda de sus amigos. El 29 de enero, contemplaba que la siguiente expedición saldría de Nueva Orleáns e investigaba las embarcaciones disponibles. Al mismo tiempo, se preparaba para arribar otra vez a su soñado Imperio del Trópico.

La Asamblea Constituyente de Nicaragua había promulgado una nueva constitución el 19 de agosto de 1858 y en octubre la prensa norteamericana publicó algunos detalles importantes del documento. Para Walker, los principales eran dos: el Artículo 6, declarando que la religión oficial de la república era la católica, apostólica y romana, y el Artículo 9, declarando que sólo quienes profesaran la religión de la república podían ejercer un cargo público. En consecuencia, el 31 de enero de 1859 William Walker se hizo católico: En ceremonia solemne en la catedral de Mobile, abjuró de su religión presbiteriana, profesó la fe católica y recibió su fe de bautismo; al día siguiente viajó a Nueva Orleáns llevando los bonos de costumbre, pero no logró venderlos, y al no allegar fondos en el Sur viajó hasta California en busca de ayuda.

El 5 de marzo zarpaba de Nueva Orleáns en el *Philadelphia*, rumbo a Nueva York vía La Habana; en La Habana, el 9, tomó el *Granada* a Aspinwall, y en Panamá, el 16, tomó pasaje de segunda en el *Golden Age* a San Francisco. Viajó de incógnito, usando el alias "James Wilson", acompañado del coronel Bruno Von Natzmer. El *New Orleans Delta* informó su partida y los periódicos dieron cuenta de su presencia en cada punto de la travesía. En La Habana le dijo a un periodista amigo, que iba a Aspinwall a tomar el vapor inglés a Southampton; en Panamá la prensa informó que Walker iba a San Francisco y que pronto regresaría a Centroamérica con un ejército de 1,000 filibusteros, pero el *Predestinado* de los Ojos Grises, disfrazado de Mr. Wilson, no concedió entrevistas ni se presentó en público en Panamá. Quienes lo vieron, afirmaron que andaba andrajoso y afligido.

En San Francisco el 31 de marzo, en cuanto Bruno Natzmer y “James Wilson” se hospedaron en el Hotel Metropolitan, cundió la noticia de que Walker estaba en la ciudad. Walker se mantuvo encerrado y nunca lo vieron en la calle; Natzmer hizo lo contrario, paseándose ufano por la calle Montgomery y, platicando gustoso con los reporteros, les aseguró que Walker no iba para Sonora; muchos no le creyeron.

Había entonces dos proyectos filibusteros contra Sonora que recibían publicidad: la “Compañía de Colonización de Arizona Mexicana y Centroamericana” del General Henningsen, basada en Nueva York, y la “Sociedad de Emigración a las Tierras de Occidente” del coronel Lockridge, en Nueva Orleans. Se creía que Walker formaba parte de una o de ambas. Mas Walker sólo pensaba en Nicaragua, como él mismo le escribió a Fayssoux: “La gente cree que intento ir a Sonora. Qué poco me conocen a mí y a los demás nicaragüenses. El tiempo, confío, nos hará justicia”. Bennett, del *New York Herald*, conocía a Walker lo suficiente para inferir sin equivocarse que el hombrecito de los ojos grises no pensaba ir a Sonora ni a parte alguna de México, porque “lo que es él, está casado con Nicaragua”.

Walker se dedicó a conseguir los medios para regresar a la tierra “prometida” que según él era ya su esposa en matrimonio histórico, con la ayuda de amigos como Randolph, Crittenden, Kissane y Macdonald. Al comienzo vio posibilidades de allegar buenos recursos; pero no logró nada y el 4 de mayo le escribió a Fayssoux que al día siguiente saldría para Nueva York; que quizás ahí podría hacer algo, pues “nada se puede hacer aquí sin dinero y en California no hay dinero para nuestros proyectos”. Pensaba viajar por tierra vía St. Louis, usando aún el nombre de James Wilson porque deseaba llegar a Nueva York sin llamar la atención.

A última hora cambió de parecer y el 5 de mayo zarpó de San Francisco en el *Orizaba*, lleno de pasajeros para Acapulco y Panamá. Lo acompañaban el coronel Frank Anderson y el mayor Thomas Dolan. El coronel Von Natzmer había salido de San Francisco dos semanas antes, en misión al istmo de Tehuantepec, y ese 5 de mayo se encontraba en Minatitlán. Varios filibusteros de Walker trabajaban en la región, empleados de la Compañía del Tránsito de Tehuantepec, y Walker le encareció a Fayssoux que indujera a cuantos pudiera a irse para allá porque intentaba utilizar a Tehuantepec en el futuro; Natzmer —explicó— iría a Yucatán vía Tabasco, en una misión importante íntimamente relacionada con Nicaragua. No se supo quién inventó el cuento, pero cuando el *Orizaba* llegó a Acapulco, los diecinueve viajeros que cruzaron por Tehuantepec propa-

laron que Walker había desembarcado en Acapulco con 300 filibusteros para auxiliar a los liberales mejicanos. Al oír la noticia en Minatitlán, Natzmer comentó que era precisamente lo que esperaba y añadió: “Esto me decide —ya ahora sé exactamente lo que debo hacer”. Natzmer tenía pasaporte prusiano y hablaba el español, ambas cosas valiosas en el recorrido misterioso que entonces hizo, según dijo la prensa, por Yucatán en México y Verapaz en Guatemala, a caballo y sin guías, acompañado de Charles Allen, el historiógrafo de la *Susan*.

Walker, Anderson y Dolan continuaron en el *Orizaba* a Panamá, cruzaron el istmo desapercibidos y llegaron a Nueva York en el *Northern Light* el sábado 28 de mayo; nadie detectó su presencia entre los 728 pasajeros de San Francisco. El telégrafo de Nueva Orleans ya les había anunciado a los neoyorquinos que Walker había desembarcado con 300 hombres en Acapulco, y al atracar el *Northern Light* los periódicos sólo dijeron: “Nada nuevo sobre Walker”. “James Wilson” había conseguido entrar en Nueva York sin llamar la atención. El anonimato fue efímero. El mismo día apareció también el coronel Henry T. Titus y se hospedó en el hotel St. Nicholas. Anderson y Titus eran enemigos desde su comportamiento antitético en El Castillo. Al saber que hospedaba en el St. Nicholas, Anderson lo fue a buscar al bar del hotel para darle una tunda y en la camorra de borrachos que se armó, Anderson paró en la cárcel y la prensa cayó en la cuenta de la presencia de Walker en la ciudad. El *Herald* comentó que el pequeño cabecilla, príncipe de los filibusteros y terror de los centroamericanos, había en realidad desembarcado, pero en Nueva York y que sus 300 hombres de Acapulco se reducían a 3 en Manhattan.

Acosado por la necesidad y frustrado por la falta de recursos en el Sur y en California, Walker seguía sin embargo seguro del éxito y en la primera carta de Nueva York, el 4 de junio de 1859, le transmitió a Fayssoux sus ilusorias esperanzas: “El momento actual es propicio. Puedes animar confiado a nuestros amigos de Nueva Orleans y todas partes. Se acerca el día de nuestro triunfo”. El momento propicio se debía a la guerra que libraban los “comodoros” del Tránsito, de la que Walker trató de aprovecharse con la ayuda de Charles J. Macdonald, quien viajó de California a Nueva York casi junto con él. En diciembre de 1858, Walker declaró a favor de Macdonald en una demanda judicial por salarios contra Garrison & Morgan, y Macdonald luego colaboró con Walker en las negociaciones con Joseph L. White y otros magnates del Tránsito, tal como en el pasado.

El 7 de abril de 1859 comenzó una nueva fase en “la guerra de los comodoros” del Tránsito cuando el Administrador de Correos

sacó a licitación el transporte de la correspondencia desde Nueva York y Nueva Orleans y San Francisco al expirar el contrato con la línea de Panamá el próximo 1º de octubre. Tras recibir las propuestas de Vanderbilt y otros para hacerlo vía Panamá, el 10 de mayo el Administrador otorgó el contrato a Mr. Daniel H. Johnson, de Nueva York, representante de los interesados en la ruta por Nicaragua. Johnson representaba a Joseph L. White, quien vio en la licitación del correo la forma de conseguir el lucrativo tráfico de pasajeros y carga por Nicaragua. La cuestión del Tránsito continuaba sin resolverse, y muchos creían que el contrato del correo vía Nicaragua les daría el derecho de llevar pasajeros y carga bajo la protección del gobierno de Washington; pero White era tan odiado en Nicaragua que sagaz se escondió tras la figura del fante Johnson.

El 26 de abril, el enviado nicaragüense Máximo Jerez notificó a la compañía canalera de White que el 23 de marzo el senado y la cámara de diputados en Managua habían declarado nulo y sin valor el contrato anterior, firmado en 1857, debido a que la compañía no había cumplido con sus obligaciones. White renunció de inmediato a su cargo de director de la compañía canalera, lo cual permitió iniciar nuevas negociaciones con Nicaragua. El 6 de junio, Jerez firmó un contrato de Tránsito con los nuevos directores y lo llevó en persona a Managua a cabildear para que lo aprobara el Congreso, que ya había rechazado otro contrato firmado por él con la compañía Wallace-Vandyke en octubre de 1858. Johnson (es decir, White) y Wallace-Vandyke se fusionaron en mayo y formaron la "Compañía del Tránsito de Estados Unidos y Centroamérica" para llevar correspondencia, pasajeros y carga por Nicaragua, alegando que la concesión a Wallace-Vandyke era válida con la simple firma de Jerez y que su rechazo por el congreso fue ilegal.

Tal era la situación cuando Walker le habló a White en Nueva York, buscando su ayuda para volver a Nicaragua. Las negociaciones que siguieron se vislumbran en las cartas de Walker a Fayssoux. La primera señal de progreso vino el 8 de julio: "Espero completar mis preparativos en pocos días. Son más satisfactorios que todos los que jamás hice en el pasado". Y, habiendo llegado a un acuerdo con White el 12 de julio, el 13 le comunicó a Fayssoux la buena nueva: "Por fin concluí los arreglos para nuestro retorno a Nicaragua. Son de tal naturaleza que será difícil, para no decir imposible, que los derrotan nada de lo que hagan las autoridades de Estados Unidos ni nadie. Jamás logré hacer tanto antes de salir a como he hecho ahora en Nueva York. En pocos días estaré en Nueva Orleans y te daré los detalles personalmente". No sólo sería imposible que las autoridades de Estados Unidos derrotaran los planes de Walker, sino que de

hecho la Marina norteamericana colaboraba con su proyecto filibustero. Walker le dio a Fayssoux la sorprendente noticia el 16 de julio: “Espero salir el lunes, como te dije en mi carta anterior. He prolongado mi estadía aquí varios días para recobrar los bienes que me quitó Paulding en Punta de Castilla y que están ahora en las bases navales de Brooklyn y Gosport. El doctor Kellum, cirujano del barco de guerra *R. J. Walker*, va esta tarde a Norfolk a recibirlos”.

Con abundantes armas en mano y abundantes fondos prometidos por White, Walker de inmediato les urgió a Fayssoux en Nueva Orleáns y a Maury en Mobile el que sus agentes reclutaran cuantos hombres pudieran en el Sur y los tuvieran listos en Nueva Orleáns el 20 de agosto para zarpar a Nicaragua.

Walker estaba seguro más que nunca del éxito y dio rienda suelta a su exuberante optimismo en las cartas a Fayssoux: “Confía a plenitud que mis preparativos son de tal naturaleza que es casi imposible que se retrase nuestra partida. Son también de tal índole, que se pueden mantener en secreto hasta el momento de salir. Puedes estar seguro de que no te escribiría tan confiado si no tuviera certeza de ello”.

Pero en la misma carta había un detalle ominoso, que Walker mismo —su relator— no detectó como tal: “Desde que estoy aquí he visto poco al general Henningsen, aunque al principio parecía deseoso de ser amigable. Él vive engañado, imaginándose que es indispensable para nosotros y espera que prácticamente se le dé a él el mando”. El distanciamiento de Walker con Henningsen arruinó enseguida todos sus planes. Ya se había oscurecido el horizonte hagalüño el 5 de agosto, cuando le escribió de nuevo a Fayssoux: “Las personas con quienes hice los arreglos, desde hace veinte días me han estado prometiendo el dinero que convenimos el 12 de julio; mas se han retrasado tanto que me temo no van a cumplir lo prometido. En este estado de incertidumbre, lo mejor es que les avises a nuestros amigos fuera de Nueva Orleáns que no se vayan allá mientras no reciban nuevas instrucciones”.

Un amigo de Joseph L. White le contó a un reportero del *New York Tribune* todo lo que sucedía tras bastidores y la trama oculta que desplazó en forma decisiva al frío y obstinado hombrecito iluso, y el 13 de agosto el periódico se lo comunicó al público:

¿Qué están tratando de hacer los especuladores dueños de la concesión Wallace-Vandyke? Ellos han tenido varias entrevistas con el “hombre de los ojos grises-azulados”, y estaban dispuestos a llevarlo de nuevo a ese país a que recreara todos los horrores de su anterior campaña. Pero Mr. J. L. White dijo que “Walker necesita un amo”, “Usted, Mr. Walker, está bien, con

tal de que tenga un amo; usted debe obedecer órdenes si lo ponemos ahí de nuevo”. Eso no le gustó al predestinado de los ojos grises-azulados. Entonces lo descartaron y ahora Henningsen, quien es su mediador actual ante George Law, es quien se hará cargo a petición suya. Henningsen es el hombre que han escogido para revolucionar Centroamérica.

¡Se le habían cogido el mandado!

Walker no se rindió y más bien se humilló rogándole a White su ayuda para volver a Nicaragua. En su manifiesto “Al pueblo americano” el 1 de octubre de 1859, Walker con claridad confiesa que él “no había titubeado en suplicar casi como limosna los centavos con los que podréis recobrar vuestros derechos y os darán a vosotros y vuestros hijos la riqueza de las Indias”. No dijo qué concesiones hizo; simplemente le dijo a Fayssoux, el 13 de agosto, que “prosiguiera como antes” pues había hecho arreglos “muy satisfactorios”. Mas las relaciones con White nunca fueron satisfactorias y el 20 de agosto aún estaba en Nueva York: “Todavía me detienen aquí los atrasos excesivos de quienes dicen estar dispuestos a cumplir sus promesas y sin embargo no hacen lo que están obligados a hacer”. Por último, el 25 de agosto le anunció a Fayssoux que, después de muchos atrasos y esperas innecesarias, “por fin conseguí concluir nuestros asuntos aquí *satisfactoriamente*. Hoy salgo para Nueva Orleáns vía Cincinnati y Louisville”.

Walker salió de Nueva York conforme lo había previsto, llegó a Louisville el 30, bajó en barco por el río Mississippi y arribó a Nueva Orleáns el 6 de septiembre. Las armas salieron de Nueva York el 19 de septiembre en el *Philadelphia*, rumbo a Nueva Orleáns vía La Habana y Key West; al llegar a Nueva Orleáns el 30, el cargamento de armas de Walker quedó en el barco después que bajaron a tierra los pasajeros y el resto de la carga. El vapor estaba supuesto a zarpar para Aspinwall el 6 de octubre. La prensa notició después que en el *Philadelphia* iban 1,000 rifles, 90,000 cartuchos y 20,000 fulminantes. Parte de las armas las habían comprado en Nueva York y otras eran de la base naval de Brooklyn, donde un oficial filibustero las reclamó para su dueño, William Walker, entregándoselas por órdenes de Washington; el barco también llevaba ocho o diez lanchas en las que los filibusteros pensaban subir el río Colorado y el San Juan.

Alrededor de 300 jóvenes fuertes y atléticos, en su mayoría de buenas familias de Georgia, South Carolina y Alabama, se congregaron en Mobile y el 2 de octubre el capitán Harry Maury se los llevó en el buque correo a Nueva Orleáns, de ahí seguirían para Aspinwall en el *Philadelphia*. El *Mobile Tribune* informó que eran emigrantes con destino al nuevo El Dorado llamado Chiriquí, y el *New*

Orleans Picayune les explicó a sus lectores que “Chiriquí” quería decir “Nicaragua”...

En Nueva York, la “Compañía del Tránsito de Estados Unidos y Centroamérica” anunció la inauguración de su línea vía Nicaragua: el *St. Louis* zarparía de Nueva York para San Juan del Norte el 5 de octubre y los pasajeros continuarían de San Juan del Sur a San Francisco en el *Pacific*.

En Nueva Orleans, Walker redactó su Manifiesto “Al pueblo americano”, presto a partir en el *Philadelphia* para su “patria adoptiva”. En Washington, el Presidente Buchanan envió instrucciones a las autoridades federales en Nueva Orleans de apresar al *Philadelphia* “si hubiere motivo para creer que se dedica a filibustear” y arrestar a todos los filibusteros “a punto de embarcarse”, para todo lo cual se podía utilizar una compañía de artillería de la base en Baton Rouge si fuere necesario.

El *Philadelphia* solicitó permiso a la aduana para navegar en lastre a Aspinwall. Los “emigrantes” a “Chiriquí”, reducidos en número a 150, lo aguardaban en el Southwest Pass, río abajo de Nueva Orleans, pretendiéndose pescadores. Por instrucciones de Washington, el recaudador del puerto le negó el permiso al *Philadelphia*; y el 7 de octubre las autoridades, sin morder el anzuelo, con un destacamento de soldados arrestaron a los “pescadores” del Southwest Pass, que no opusieron resistencia.

En Nueva York, el recaudador del puerto le negó el permiso al *St. Louis* por órdenes del ministro de hacienda Howell Cobb, a quien se le informó que Henningsen y 200 hombres iban a San Juan en el vapor. Daniel Johnson entonces le dijo al Administrador de Correos que no podía cumplir su contrato con el gobierno; el administrador anuló el contrato y le pasó la concesión a la “Compañía de Vapores Atlántico y Pacífico” de Vanderbilt, para llevar la correspondencia vía Panamá.

En Nueva Orleans, Walker redactó al momento (aunque al parecer no se publicó) una airada protesta que intituló “Hechos alarmantes”, relatando los actos de las autoridades (pero no los propios), para “exhibir en toda su desnudez la depravación y corrupción actual del gobierno federal”.

32. La Guerra en Nicaragua

EL JUICIO a los filibusteros de Walker por violación de la ley de neutralidad en la expedición abortada del *Philadelphia* se ventiló en el juzgado del juez McCaleb en Nueva Orleans. El 15 de octubre de 1859 enjuiciaron a cuatro subalternos —al coronel Anderson y los capitanes Maury, Fayssoux y Scott, y los cuatro salieron libres el 24. El *Philadelphia*, confiscado por las autoridades, fue luego devuelto a sus dueños por el juez McCaleb, quien expuso la ley y los hechos del caso en forma “luminosa” para sentenciar que “no ha lugar a la confiscación de este barco y se le debe devolver a sus dueños”. Demás está decir que ningún cabecilla —ni Walker, ni Henningsen ni White— fue acusado.

Gozando de libertad pero habiendo ya llegado al final de la línea sin los mínimos recursos en mano para otra expedición, Walker se dedica a escribir. Al finalizar 1859, cuando en vísperas de la Guerra de Secesión todo el Sur se estremecía previendo el conflicto, William Walker escribía tranquilo sus memorias en Nueva Orleans. Las llamó *La Guerra en Nicaragua*, cubriendo los eventos desde su arribo en el país en el *Vesta* en junio de 1855 hasta su partida en la *St. Mary's* en mayo de 1857.

Tras cuatro meses de asiduo trabajo, el 17 de febrero de 1860 Walker llevó el manuscrito a la casa editora S. H. Goetzel & Co., en Mobile. Mr. Goetzel lo recibió entusiasmado, diciendo que sólo en Alabama vendería 20,000 ejemplares; el libro lo imprimiría en Nueva York; él iría con Walker a vigilar la impresión; y lo tendría a la venta para el 1 de abril. Walker salió de Mobile para Nueva York al día siguiente, vía Montgomery y Charleston. El 27 de febrero le entregó el manuscrito completo a Goetzel, en Nueva York, y ambos procedieron a dirigir la impresión. El 5 de marzo, Walker le comunicó a Fayssoux: “Mi trabajo aquí va bien. El libro estará listo el 20 de este mes; así es que lo recibirás para el 1 de abril. Goetzel insiste en poner el retrato del autor en el libro; y aunque considero que es una falta a las reglas de la buena crianza, me veo obligado a consentir a ello como parte de las ‘artimañas’ del negocio”. Terminó de corregir pruebas el miércoles 14 de marzo y diez días más tarde se hallaba en Louisville con los primeros ejemplares de su obra, los que de seguro autografió con dedicatorias al dárselos a su padre, hermana y cuñado. Cuando llegó a Nueva Orleans en el *Diana*, en la mañana del 10 de abril, *La Guerra en Nicaragua* estaba ya a la venta en la ciudad.

Apenas desembarcó, caminando en la calle con los capitanes

dos fríos y el aire de seminarista del terrible filibustero, de pronto se amilanan a la condición de hombres que creyéndose invitados a un festín, se encuentran en un entierro.

El corresponsal añadió que sospechaba que Walker había conscientemente formado sus modales y su carácter tomando de modelo a Conrad, el Corsario del poema de ese nombre de Byron:

*Pero ¿quién es ese JEFE? En toda costa
resuena su nombre temido y famoso —por él se
preguntan, y no saben más.
Entre ellos mézclase sólo para mandarlos;
Son pocas sus palabras, pero agudo su ojo y
firme su mano.
Jamás adereza él los joviales juegos con el mirto,
Pero ellos le perdonan su silencio por el éxito.*

Quizá ambos periodistas tenían razón, pues parece que Ellen se había convertido de veras en realidad permanente y poderosa, proyectando su sombra post mortem sobre la carrera y el carácter del Predestinado de los Ojos Grises, y él, a su vez, consciente o inconscientemente formó sus modales y carácter tomando de modelo al héroe imaginario de Byron —como lo indica el relator.

Byron era el poeta favorito de Billy; su poema “La novia de Abidos” fue el estímulo para el poema (del significado recóndito) de Billy en 1844 sobre la crucifixión, y en *La unidad del Arte*, en 1848, Billy dice que el nombre de Byron se recordará mientras exista simpatía para el genio que sufre y analizó al *Manfredo* de Byron, llamándolo una eximia creación de la escuela clásica.

Así, cuando escribe *La Guerra en Nicaragua*, a finales de 1859, William Walker (o su otro yo, Timothy Tucker), recuerda que el 16 de junio de 1855 en que los americanos desembarcaron en El Realejo y saltaron a tierra por primera vez en Nicaragua, “la obscuridad profunda de la selva tropical era más impresionante por el océano de luz que la rodeaba; y la quietud de la naturaleza inspiraba al espectador un asombro que imponía silencio y reflexión”.

El 28 de junio, al marchar de El Gigante a su primera batalla en Rivas, empapado por la lluvia que bajó en torrentes durante la noche, al amanecer sintió “los efectos balsámicos de la suave brisa que parecía un fluido totalmente diferente de la atmósfera de los climas templados ... como si una tenue y vaporosa exhalación de opio, alternativamente calmante y exultante, se mezclara a intervalos con los elementos ordinarios de la atmósfera”. Reflexionando sobre la vaporosa exhalación de opio al amanecer, después de una noche de lluvia torrencial, la siguiente estrofa del *Don Juan* de Byron se vislumbra en la reminiscencia de Walker:

*La evaporación de un día jubiloso es como...
 ... una oleada que la tormenta deja atrás,
 Sin la animación del viento;
 O como una opiata, que da reposo inquieto.*

Al aproximarse a Rivas a librar la batalla bajo la influencia de la calmante y exultante opiata de *Don Juan*, un Walker jubiloso contempló:

...una visión encantadora. Se veía todo el lago de Nicaragua, y levantándose de él, como Venus del mar, el alto y airoso cono de Ometepe. Las oscuras selvas de los trópicos vestían el lado del volcán, que parecía reposar bajo la influencia de la suave luz solar que lo rodeaba. La forma de la montaña narró su historia como si estuviera escrita en un libro; y la apariencia del volcán se asemejaba tanto a la de una persona durmiendo la siesta, que el espectador no se hubiera sorprendido al verlo despertar en cualquier momento echando la lava de sus costados ardientes. La primera mirada a la escena hizo dar un salto al corazón.

La visión encantadora de Walker —la isla de Ometepe con su par de volcanes cónicos— era en su imaginación la Señora Gulbeyaz, la Sultana, con su “par de Pafios”, en el *Don Juan* de Byron:

*La Señora levantándose con un donaire
 Como Venus se levantó de las olas, en ellos
 Encorvó como un antílope su par de Pafios**

.....
*Ella, sin otro prefacio, mezclando en sus azules ojos
 Poder y pasión, asentó en él la mirada,
 Y al apenas decir ‘Cristiano, ¿tú no puedes amar?’
 Concibió que esa frase bastaba para excitarlo...*

Y a Walker lo excitó, dándole un salto el corazón. Su singular reacción poética ante el cono del Concepción en su reminiscencia de *La Guerra en Nicaragua*, (la cual explica *Don Juan*) muestra activa toda la sublimación: el mecanismo psicológico que Walker utilizó cuando desplazó el amor que le tuvo a Ellen, volcándolo hacia el objeto de su misión, que de 1855 hasta su muerte en 1860 fue Nicaragua.

La toma de Granada —capital de Nicaragua— psicológicamente fue para Walker la posesión de Ellen; y cuando se vio forzado a abandonar la ciudad, la destruyó antes que ningún rival la poseyese-

* En inglés, *PAPHIAN*, que significa amor ilícito (de *Pafos*, antigua ciudad de la isla de Chipre, célebre por su templo de Afrodita, diosa griega de la Belleza y el Amor). Esta estrofa de Byron señala que Walker vio en el Concepción y el Maderas —los dos volcanes cónicos de la isla de Ometepe— los senos erectos de la mujer amada.

ra. Era de hecho un juramento de amante: ¡Mía o de nadie! En *La Guerra en Nicaragua* desnudó su alma valiéndose del mecanismo psicológico de la proyección, achacándoles a otros lo que él mismo sentía muy hondo:

El apego de los viejos chamorristas a Granada era fuerte y peculiar. Amaban a su ciudad capital como a una mujer; y aún después de haber transcurrido años, sus ojos se anegan de lágrimas cuando hablan de la pérdida de su amada Granada.

El apego de Walker a Nicaragua era en realidad fuerte y peculiar —el amor a una mujer— y otro periodista (corresponsal del *New York Herald* en Nueva Orleans) lo notó y anotó en 1859 con estas palabras: “Al `predestinadito de ojos grises' ciertamente le fascinan las lomas de Nicaragua, o quizás sea que lo trastorna el gozo de jugar a Emperador”. En su biografía de Walker (*The World and William Walker*, New York: Harper & Row, Publishers, 1963, p. 120) Albert Z. Carr señaló también que Walker se “enamora locamente” de Nicaragua “como si hubiera sido una mujer”. Walker nunca se volvió a enamorar de mujer de carne y hueso después de la muerte de Ellen. Su castidad era notoria; no lo atraía la compañía de las damas y su frigidéz se tradujo en una equívoca impotencia de raíz edípica. Su prima, Mrs. Bryant, aseguraba que Walker jamás se fijó en mujer alguna, excepto en la sordomuda de Nueva Orleans, a quien amó. Y jugar a emperador en las lomas de Nicaragua fue la obsesión eterna de Walker. De 1855 hasta su muerte, ya él no le pertenecía a su tierra natal, el Sur, sino a su tierra adoptiva, Nicaragua. Ese mensaje lo enunció sin ambages en 1858 en el discurso de defensa en el juicio en Nueva Orleans, que divulgó el *New York Times*:

El general Walker, probablemente, debe su libertad a su propia habilidad como abogado defensor. Las palabras que pronunció en el juzgado son por mucho las más ardientes y decididas; el mejor discurso que ha dicho hasta hoy. Necesariamente produjo un gran efecto. En él declara claramente su determinación inalterable de seguir jineteando su caballito de palo nicaragüense mientras viva y mientras Nicaragua no se le corra o caiga en manos de otro. Al mismo tiempo, niega tener la intención de violar las leyes de los Estados Unidos y, en efecto, renuncia a su ciudadanía americana, virtualmente abjura su lealtad a este país y se declara nicaragüense de aquí en adelante.

La transformación de Walker se completa aquel 31 de enero de 1859 cuando abraza la fe católica en Mobile. Claro está que todo el mundo se dio cuenta de que lo hizo debido a la ley aprobada en Managua. Esta obvia motivación política, sin embargo, no logra explicar del todo el hecho de que Walker se hizo católico en realidad y

murió católico. Mi teoría es que la transformación de Walker, causada por la sublimación de su amor a la difunta, lo llevó a romper con su pasado presbiteriano de Nashville y lo impelió a abrazar la fe de Nicaragua.



Cathedral of the Immaculate Conception
Dauphin at Claiborne, Mobile, Alabama

Rev. Msgr. Thomas J. Cullen Rector Phone 432-4404	400 Government St. P. O. Box 1966 Mobile, AL 36681
---	--

**Baptismal Register for White People
of the
Cathedral of the Immaculate Conception
Mobile, Alabama
1856-1860**

No. 456 William Walker Jan. the 31st 1859	<p>In the year of our Lord one thousand eight hundred & fifty nine & on the 31st of January, I the undersigned Vic. Gen. of the Rt. Rev. Bishop of Mobile, certify that I have received from William Walker, an adult aged about thirty five years, his profession of faith, having abjured protestantism, and that I have solemnly admitted him to the participation of the Sacrament of the Holy Roman Catholic Church. In faith whereof I have signed.</p> <p style="text-align: right; margin-right: 100px;">G. Chalou V.G.</p> <p style="text-align: center; font-style: italic; font-size: 1.2em;">I Witnessed this copy to-day March 29th 1974 Rev. Msgr. Thomas J. Cullen.</p>
---	---

Certificado bautismal de Walker. Se hizo bautizar católico en enero de 1859 al enterarse que la nueva Constitución de Nicaragua exigía este requisito para ejercer un cargo público.